

Segunda parte

Diario

III

Mayo - Junio de 1850

Domingo 12 de mayo de 1850

Vengo de visitar una antigua armería, en la que ahora vive Fred Ayer. Él dice que la construyó uno de los Emerson, hace ciento cincuenta o ciento sesenta años, y que durante los trabajos de construcción los rayos mataron a un par de bueyes. También había un peral casi tan viejo como la casa. Los ladrillos con que la construyeron eran más anchos y más duros que los que se utilizan hoy, de modo que la casa parecía, y aún parece, que podría durar cien años. Pusieron los ladrillos, con sus esquinas quemadas, de un negro azulado, hacia fuera, como para adornar las fachadas. Dice Fred Ayer que, en su momento, era la casa más hermosa de Haverhill, y que la gente del pueblo caminaba varias millas para venir a verla. Él cree que las puertas que vemos hoy son las originales. Había pocas ventanas, y casi todas tenían dos pies y medio de alto y un pie de ancho, como hechas para disparar. Antes, el horno daba al exterior, y había dos chimeneas. Agachándome un poco, me metí en el hueco de una de ellas, y miré hacia arriba, al cielo. Ayer, bromeando, Fred dijo que las hicieron así para poder cazar los gansos salvajes que pasaran por encima. Las cadenas y los ganchos estaban suspendidos de una barra de madera colocada a cierta altura dentro de la chimenea. Los troncos eran enormes.

No he visto en mis caminatas paisaje alguno que pueda hacerme olvidar Fair Haven. En un día primaveral, me siento en su barranco con el mismo deleite de siempre, y miro los bosques que despiertan, miro el río y escucho cantar a los pájaros jóvenes. Lo que sea que es este mundo, sigue siendo para mí un dulce

misterio. Al sur, el lago de Fair Haven, con sus prados y su isla de pinos, los nogales americanos y sus hojas amarillentas recién brotadas, o las del olmo, de un gris claro. Mientras, la cigüita saltarina rasguea su melodía de aserrador y el rascador zarcero hace crujir las hojas secas o repite su cancioncilla en la copa de un árbol, y el zorzal maculado, el genio del bosque, silba por primera vez su son transparente y conmovedor, pues suena como esa vez primera en que lo escuché. El panorama de estos bosques en flor me intoxica: esa es mi dieta.

El pino y su color tosco, el follaje de los árboles, en medio del cual otros árboles parecen hierbajos o flores. Exótico.

Humboldt dice: «Sigue sin determinarse si la vida es más abundante en la superficie de la tierra o en los abismos insondables del océano».

Mientras caminaba, me intoxicaban el olor ligeramente especiado de los brotes del nogal americano, la corteza magullada del abedul de hojas de carpe, y el poleo, en otoño.

Esta temporada, el río viene con más crecida que en ningún otro año.

Cuando no se ven las montañas distantes, las que están cerca parecen más altas.

Hoy 31 de mayo, una vaca roja y blanca, agitada por alguna razón, salió del pasto que hay junto al molino de vapor, cruzó el puente y se metió en los terrenos de Elijah Wood. Cuando traté de sacarla por las barreras, la vaca se lanzó con valentía al agua, primero vadeando las praderas llenas de zanjas, y luego nadando en el río —que ahí tiene ya unas cuarenta varas de ancho— hasta que llegó de vuelta a su pasto. Era un búfalo cruzando su Mississippi. Esta hazaña le dio al rebaño aún más dignidad de la que ya tiene para mí, dignidad que además quedó extendida al río, al que empecé a mirar como si fuera una especie de Bósforo.

Me encanta ver cómo los animales imponen sus derechos naturales, cualquier prueba de que no han perdido sus hábitos salvajes y su vigor me deleita.

El año tiene más estaciones de lo que nos muestra el almanaque. Al inicio del verano, por el primero de junio, es el tiempo en que florecen las caléndulas entre el lujoso herbaje, lo que, de

repente, me trae a la memoria la siega y la leche. A cada uno le toca percibir distintas épocas. Está la temporada en que llevan las vacas al pasto (hacia el 20 de mayo), y que el granjero conoce bien, aunque varíe un poco de año en año. Las vacas pasan los inviernos en pajares o cuadras, y los veranos en la pradera. Así, cuando llega el verano, mugen enfáticamente: «Mañana a los bosques frescos y a los prados nuevos». A veces, temprano en la mañana, veo a uno de mis vecinos, o a varios, junto a sus hijos y sus jornaleros, dirigiendo, con perros y palos, su ganado hacia las praderas alejadas de New Hampshire, a cuarenta o cincuenta millas de distancia. Para los hijos del granjero es todo un acontecimiento, que supone normalmente su primera travesía. En alguna pradera montañosa, el pastor les está esperando. Luego, en el otoño, cuando suben a la montaña para traer de vuelta al ganado, se debaten entre si Janet o Brindle los recordarán o no. Una vez, de hecho, escuché a uno de esos niños que viendo al becerro que volvía hecho vaquilla, decía mientras le palmeaba el lomo: «Me conoce, papá, me conoce». Lo habían llevado con el resto del rebaño por mil praderas.

En una ocasión le prendí fuego al bosque. Un compañero y yo salimos en bote, un día de abril, en dirección al nacimiento del río Concord, con la idea de ir acampando en la ribera o de buscar alojamiento en alguna cabaña de campo o granja cercana; llevábamos con nosotros el equipo de pesca, para sacar cómodamente nuestro alimento del arroyo, al estilo de los indios. Se nos habían olvidado los fósforos, pero los pudimos obtener del zapatero que vive junto al río. Aunque era al principio de la primavera, el río venía con poca agua, pues no había llovido demasiado, así que, incluso antes de dejar el pueblo, habíamos logrado atrapar un puñado de pescado —suficiente para la cena— que nos dispusimos a cocinar a la orilla del estanque de Fair Haven. La tierra estaba más seca de lo habitual, y el fuego, que habíamos encendido en una ladera soleada y retirada, al este del estanque, se extendió de repente a la hierba seca del año pasado que había alrededor del tocón donde lo habíamos prendido. Brincamos para apagarlo, primero con pies y manos, luego con un tablón que encontramos en el bote, pero en un par de minutos ya estaba fuera de control;

al estar en una ladera, el fuego se extendió rápidamente, colina arriba, por la hierba seca y tupida que había entre los arbustos.

«¿Hasta dónde va a llegar?», preguntó mi compañero. Vi que el Well Meadow Brook quizá lo detendría por un lado, aunque era posible que alcanzara la parte del arroyo que da al pueblo. «Llegará al pueblo», respondí. Mientras mi compañero regresaba río abajo, yo salí al bosque a avisar a los propietarios y a despertar al pueblo. El fuego ya se había extendido unas doce varas a cada lado y, salvaje e imparable, saltaba y chisporroteaba hacia el bosque. Así avanzaban las llamas con agreste placer, mientras sentíamos que no había modo de controlar a la criatura demoníaca que nosotros mismos habíamos despertado. En muchas otras ocasiones, habíamos hecho fuegos en el bosque, después de dejar un claro entre la hierba, sin dar lugar a un fuego como este.

Según corría hacia el pueblo, podía ver, a mi espalda, por encima de los árboles, el humo, que indicaba el lugar y el avance de las llamas. El primer granjero con que me topé iba con su cuadrilla, y, saliendo del bosque, me preguntó qué había causado el fuego. Yo se lo dije. «Bueno, ahí no hay nada mío», dijo él, y siguió caminando. A continuación me encontré con el propietario, que estaba en su terreno, con el que corrí de vuelta hacia el bosque. Eran ya dos millas lo que yo había corrido. Al acercarnos a la zona en llamas, nos topamos con un carpintero, hombre débil que, hacha en mano, había estado cortando leña hasta que el fuego lo había hecho huir. El granjero se apresuró a regresar en busca de ayuda. Yo me quedé allí, pues estaba agotado de tanto correr. ¿Qué podía hacer, yo solo, ante un frente de llamas con media milla de ancho?

Crucé lentamente el bosque, en dirección a Fair Haven Cliff, me subí a la roca más alta y me senté a observar el avance de las llamas, que ya se acercaban después de recorrer casi una milla desde el foco inicial. En ese momento, oí, a lo lejos, una campana de alarma, y supe que la gente del pueblo estaba de camino. Hasta ese momento, me había sentido culpable y lleno de vergüenza y arrepentimiento. Pero enseguida logré tranquilizarme a mí mismo. Me dije: «¿Quiénes son estos hombres que dicen ser los propietarios del terreno? ¿Cuál es mi relación con ellos? Le he

prendido fuego al bosque, pero no hay nada malo en lo que he hecho, y ahora es como si un rayo lo hubiera provocado. Estas llamas no están más que consumiendo su alimento natural» (Desde entonces, no me ha preocupado más que si hubiera sido un rayo. La idea trivial de ponernos a pescar es lo único que me molestaba y me molesta todavía.) Así que, una vez tranquilizado me senté a ver las llamas que se acercaban. Era un espectáculo glorioso y yo era él único que estaba disfrutando de él. El fuego había llegado hasta la base del acantilado y subía rápido por sus laderas. Las ardillas corrían por delante con prisa ciega, y tres palomas se habían arrojado dentro de la nube de humo. Las llamas iluminaban los pinos hasta las copas, como si tuvieran pólvora.

Cuando vi que el fuego empezaba a cercarme, me retiré y me uní a las cuadrillas que llegaban del pueblo. Nos llevó varias horas controlar las llamas y sofocarlas con azadas, palas y fuegos controlados. En medio de todo esto, vi al granjero con el que me había encontrado antes, el que, indiferente, se había dado la vuelta diciendo que no había nada suyo allí, y que ahora luchaba con esfuerzo por salvar sus montones de leña, sus cosas, que ya habían sido atacadas por las llamas, que pronto las consumirían.

El fuego quemó unos cien acres o más y destruyó mucha madera joven. Cuando, al final del día, volvía a casa junto a otros vecinos del pueblo, advertí que la muchedumbre que tan rápidamente había condenado al individuo que había provocado el fuego, no simpatizaba con los propietarios del terreno, sino que estaba regocijada y como agradecida por la ocasión que tanto entretenimiento les había proporcionado. Solo media docena de propietarios —no todos ellos— parecían apenados y sombríos, y yo sentí que mi interés en los bosques era más profundo, y que los conocía mejor y debiera sentir su pérdida más que cualquiera de ellos. El granjero al que al inicio del incendio había dirigido hacia al bosque, se vio obligado a preguntarme cuál era el camino de regreso más corto, aunque era su propio terreno. ¿Y por qué debieran sentirse apenados únicamente esta media docena de propietarios y los individuos que han provocado el fuego, mientras que el resto del pueblo está de buen ánimo? Algunos de los propietarios soportaron su pérdida con hombría, pero otros

decían a mi espalda que yo era «un maldito granuja», y un par de charlatanes, que cacareaban como gallos viejos, años después todavía voceaban, desde guaridas seguras, recuerdos del «bosque quemado». Nunca he tenido nada que decirles. Desde aquel suceso, la locomotora ha quemado casi toda esa misma zona e incluso más, borrando en cierta medida el recuerdo del fuego anterior. Bastante tiempo después de haber aprendido esa lección, aún me maravillaba que, siendo el fósforo y la yesca contemporáneos, el mundo no se hubiera consumido. Cómo es que las casas con chimenea no salen ardiendo cualquier día de estos, ¿es que las llamas no son ahora tan voraces como cuando yo las desperté? Pronto dejé de preocuparme por los propietarios y por mi falta, si es que la hubo, y asistí al fenómeno que se desarrollaba frente a mí, resuelto a sacarle el mayor partido posible. Sí que me daba algo de vergüenza la ocasión trivial en que el suceso había ocurrido, pues en esa ocasión, no me había comportado mejor que cualquiera de mis vecinos del pueblo.

Aquella noche me quedé mirando el fuego y deambulando solo por el bosque donde, entre los desechos, aún a medianoche, ardía algún tocón. Bien entrada la noche, logré encontrar el lugar en que el fuego se había iniciado, y descubrí el pescado (que habíamos ya aderezado), asado y esparcido sobre la hierba quemada.

Ha sido un día fresco, aunque hoy es el primer día del verano. La vista de los prados desde Lee Hill era magnífica. Observo que las sombras de los árboles que caen sobre la hierba fresca, son hoy nítidas y pesadas. Tienen el mismo grado de definición que los mismos árboles a media tarde. Normalmente, no prestamos mucha atención a las sombras bien delineadas que los objetos tienen en el paisaje.

Hoy, 4 de junio, he participado en la extinción de un incendio en el bosque.

Hay que quemar siempre a contraviento, y hacerlo con lentitud. Si el fuego ha sobrepasado la zanja que habíamos hecho, un poco de orden y perseverancia harán más por reducirlo de lo que uno podría pensar. Cuando se desencadena un fuego en el bosque, y alguien, con los nervios del momento, decide atacarlo

desde cerca o desde un lado, sin la ayuda sistemática de otros, es seguro que pronto se desesperará pensando que ese demonio incansable va a cruzar el bosque hasta que se sacie. Pero dejad que la gente descanse de sus tareas un momento, para proceder luego sistemáticamente y con prudencia, eludiendo el fuego, y todo el mundo quedará sorprendido de la facilidad y rapidez con que puede extinguirse. Los bosques mismos nos dan la mejor arma para contener y apagar un fuego: una rama de pino bronco. Es la mejor herramienta para extinguirlo. Hay pocos hombres que prefieran ayudar, en lugar de dar consejo.

Por muy grande que sea el fuego, para conseguir rodearlo y extinguirlo basta con que unos pocos hombres decididos y perseverantes (que quedarán, seguro, sorprendidos de su victoria), limpien la tierra de rastros y cavén en ella zanjas a una distancia adecuada del fuego, mientras otros lo apagan con ramas de pino cuando este llega a la zanja.

Cuando estaba hoy luchando contra el fuego, oía a cada rato, entre los rugidos y el chisporroteo —pues el fuego resopla como un caballo salvaje—, la melodía subyugada, el último suspiro, el grito claro, delgado y estridente de los árboles, que daban su postrer aliento y que, seguramente, era aire caliente o vapor proveniente de una hendidura. Al principio, pensé que era un pájaro o la nota angustiada de una ardilla al morir, o vapor que escapaba del árbol. A veces, puede escucharse, a menor escala, entre la leña de una hoguera.

Aquí está el 8 de junio, y la hierba crece a ritmo acelerado.

No puede decirse que la hierba se mueve en los campos hasta que llega junio. Cuando las ranas sueñan y la hierba ondula, los botones de oro agitan su cabeza y el calor viene a bañarse en los estanques y en los arroyos, es entonces que empieza el verano.

21 de junio

A fin de cuentas, un incendio es, sin lugar a dudas, algo ventajoso. Barre y ventila el suelo del bosque y lo deja limpio y despejado. Es la escoba de la naturaleza. Al destruir los arbustos enclenques, hace

descollar a los árboles grandes y robustos, y deja una madera sobre la que uno puede caminar a sus anchas. A menudo, he sentido la comodidad y el placer de caminar por bosques que habían arduo el año anterior. El fuego limpia el suelo del bosque como si fuera una escoba y este queda terso y despejado. Desaparece la madera muerta y podrida, no hay ya ramitas que crujen al pasar, y, de este modo, en dos o tres años, los campos de arándanos crecen; para el pueblo, para los pájaros, para los hombres.

Cuando el rayo quema el bosque, su Director no se excusa ante el hombre, y yo aquí no he sido más que su asistente. Quizá debamos en parte a este accidente algunos de los parques más nobles y hermosos. Es estimulante el caminar entre los nuevos brotes de verde hierba y entre los matorrales, que ahora crecen con más vigor a través de la superficie carbonizada.

Una noche, cuando iba para Patchogue en un bote para la pesca de ostras, me encontré con un borracho holandés cuyo ingenio me recordaba al de Shakespeare. Tuvimos que estar tres horas esperando a que subiera la marea, y dos de los pescadores se tomaron un trago de más en la casa que hay junto a la playa. Luego, se tumbaron al sol en la orilla, sobre las algas, para dormir la borrachera. Uno de ellos, era un joven holandés con una cara increíblemente ancha, pero de tal anchura y con tal gravedad en su mirada, que no sabría si llamarlo ridículo o sublime. Podría uno decir que había estado esforzándose tanto en ser tímido, que, finalmente, comenzaba a aparecer exaltado. Una indescriptible estupidez señorial. Su vulgaridad y suciedad no me desagradaban tanto, pues me veía obligado a mirarlos como si se tratara de cerdos en su pocilga. Pasaron todo el viaje tumbados boca arriba al fondo del barco, en las aguas del pantoque, mojados cada vez que se achicaba agua, medio insensibles y revolcándose en su propio vómito. Pero, a veces, el patrón los despertaba con insultos y patadas. Y este holandés, que, pese a estar roncando y rodando en el vómito provocado por sus excesos, no perdía su ingenio y su serenidad, soltaba alguna agudeza, como si de un cerdo iluminado se tratase. Era el ingenio más grosero y sucio que jamás he escuchado. Su rostro era notable, inconfundiblemente holandés. Entre un millón de caras de otras razas, no

podría uno confundirlo. Tenía escrito *Ámsterdam* en la frente. Y yo seguía devanándome los sesos, pues me era difícil concebir que hubiera nacido en América, y pensaba en lo solo que debía de sentirse, y en quiénes podían ser sus compañeros aquí.

Estaba este hombre bizco, que me ayudaba en mis estudios topográficos (era quien venía conmigo para clavar los palos) y que lo único que decía, cada vez que clavaba un palo, era «Ahí está, ese no me gustaría tener que sacarlo con los dientes».

Se ha quedado en mi cosecha. Es una buena frase. Son muchas las cosas que ahí quedan.

IV

Septiembre - Noviembre de 1850

19 de septiembre

Los árboles en la ribera del río tienen marcas blanquecinas, que indican el nivel al que llegaron las aguas después de la riada.

El agua es un elemento mucho más puro y sensible que la tierra. Una sola persona que navega río abajo o río arriba estremece el río entero y altera los reflejos del agua.

El aire es un elemento que nuestras voces hacen vibrar más incluso que los remos el agua.

Mi compañero dijo que bebería cuando estuviéramos bajo el puente, pues el agua estaría más fresca en la sombra, aunque el arroyo enseguida pasa de sombra a sol al cruzar los muelles. Es hermoso el acto de beber, el agacharse para probar ese elemento disperso, obedeciendo más al instinto que al capricho. En otras circunstancias, no bebemos porque sí.

Es agradable haber estado en un lugar siguiendo el curso de un río.

Las formas de los árboles y de las arboledas cambian a cada golpe de remo.

Desde la ladera de Fair Haven, el bosque posee un eco magnífico. Hoy era especialmente bueno. Los pulmones del bosque parecían estar hoy en buena forma. Devolvían los gritos con una voz más fuerte y rotunda que la que yo había lanzado, como si estuvieran profiriendo ellos los gritos. Había que elegir la clave y la altura correcta de la nota, o el bosque no daría su eco con viveza y elocuencia. ¿Qué importancia puede tener cualquier sonido si la naturaleza no lo repite?

Yo solía golpear con una paleta uno de los lados de mi bote cuando estaba en el estanque de Walden, despertando el bosque a mi alrededor, llenándolo de dilatadas ondas de sonido, e incitándolo,

como hace el guardián de una casa de fieras con sus tigres y leones, hasta que todos ellos rugen. Toda melodía es un eco dulce. Despertamos el eco, la música dormida del lugar en el que estamos.

Pienso que los salvajes deben haber convertido en dios al eco. Yo le voy a dar el nombre de Eco de los Bosques.

En el arroyo de Nut Meadow, cerca del camino que lleva a la casa de Jennie, había hace tiempo un aserrador. Esos riachuelos tienen su propia historia. Hasta hicieron girar los molinos de los aserraderos y usaron su *influjo* para destruir los bosques que primitivamente crecían en sus riberas. Y ahora, como recompensa, el sol puede entrar a secarlos y a reducir su cauce. Su crimen se vuelve contra ellos mismos.

¿Qué hace, a menudo, la educación? Convierte un riachuelo libre y sinuoso en canal perfectamente delineado.

11 de noviembre

Es la temporada de las manzanas silvestres. Las recojo como un fruto salvaje, nativo de estas tierras, fruto de árboles viejos que han estado muriendo desde que yo era niño y que, sin embargo, aún no están muertos. Por su aspecto, uno pensaría que, como mucho, ese árbol puede dejar caer liquen, pero nuestra fe queda recompensada cuando nos acercamos y encontramos esparcidos en el suelo los frutos vigorosos. Abandonado por el granjero, que a perdido ya la fe y no mira bajo sus ramas, solo el pájaro carpintero lo frecuenta. Comida para el caminante. A veces, hay manzanas que son rojas por dentro, coloreadas por un bello rubor, comida de cuento de hadas, demasiado hermosas como para comérselas, manzanas de cielo crepuscular, del jardín de las Hespérides.

Esta tarde escuché a un grillo cantando, gorjeando, en la ribera, el único que he oído desde hace tiempo y que, nítido y penetrante, parecía una ardilla o un pájaro. O, según imaginaba yo, era como un petirrojo noctámbulo que cantaba en este atardecer del año. Una melodía magnífica y poética para tal diminuto cantante. Nunca he escuchado un grillo tan parecido a un pájaro. Su nota era excepcional. La canción de la tierra.

Recordaré como parte del otoño la hierba seca, ondulante, ligera, que vi ayer. La hierba seca, para mí, no está muerta. Una forma bella tiene la misma vida en una o en otra estación.

El diente de león otoñal aún tiene brillo.

Vi en el bosque un hueso antiguo, cubierto de liquen, que debió de ser de un colono, y que algún animal había mordisqueado recientemente, pues se veían claramente las marcas de los dientes; qué infatigable, la Naturaleza, en su tarea de despojar de carne los huesos y reducirlos de nuevo a polvo. No hay fiera merodeadora, por pequeña que sea, que no se dé la vuelta, para clavarle los dientes, cuando le sale al paso un hueso seco y viejo. La naturaleza no tiene misericordia alguna. El hueso era demasiado antiguo como para hacer pensar en asociaciones desagradables. Era como un trozo de raíz de pino seca. Pervive, como recuerdo de un hombre. Con el tiempo, todo lo que ha sido personal y ofensivo desaparece.

16 de noviembre

Hoy encontré tres puntas de lanza en buen estado detrás de la casa de Dennis. Para los granjeros, la temporada comenzó hace algún tiempo, en cuanto habían terminado de sembrar el centeno, pero durante la primavera, después del deshielo, es aún mejor.

En la literatura, lo único que nos atrae es lo salvaje. El tedio solo es otro nombre para la domesticación. Lo que nos embelesa de *Hamlet*, de la *Iliada*, y de todas las escrituras y mitologías, es su pensamiento salvaje, indómito, tosco y libre, que no ha sido aprendido en la escuela, ni pulido y refinado por el arte. Un libro verdaderamente bueno es algo tan ferozmente natural y primitivo, misterioso y maravilloso, fértil y celestial, como un liquen o un hongo. Imaginad que a la rata almizclera o al castor les diera por echarle una ojeada a nuestra literatura, ¡qué perspectivas tan frescas sobre la naturaleza nos darían! El error de nuestros ríos y otras acciones nuestras es que son demasiado humanos. Yo quiero algo que sea, en cierta medida, capaz de hablar a las ratas almizcleras o a la col fétida tanto como al hombre, y no solo a una camarilla de filántropos lánguidos y quejosos.

De nuevo, observo hoy que los arándanos rojos son buenos para ir comiéndolos según cruzamos un prado.

¿Qué podemos hacer con un hombre al que le asustan la oscuridad y la soledad del bosque? ¿Qué salvación puede tener? Dios es callado y misterioso.

Nuestros días más ricos son, a veces, aquellos en que el sol no luce fuera, sino que lo hace, mucho más, dentro de nosotros. Me encanta la naturaleza, me encanta el paisaje, porque son sinceros. Nunca me engaña. Nunca bromea. Es seria, de un modo alegre y musical. Me tumbo, y vuelvo a tumbarme sobre la tierra.

Los terrenos en que se ha cortado la madera y esta empieza ya a renacer se llaman terrenos en brote.

En el bosque, la baya-perdiz deja como estampado el suelo en la parte húmeda de las laderas. ¿Y no se las llama, más adecuadamente, bayas-estampadas?

Mi *Diario* debiera ser el archivo de mi amor. En él, solo debiera escribir sobre las cosas que amo, sobre el afecto que siento hacia algún aspecto del mundo, o sobre aquello sobre lo que me encanta pensar. En mis anhelos, no hay más intención discernible que la que posee un brote en gestación, que apunta, claro está, hacia la flor y la fruta, hacia el verano y el otoño, pero percibe solo la influencia de la primavera y del sol cálido. Me siento maduro para algo, pero no hago nada, y no soy capaz de descubrir que es ese algo. Me siento fértil, eso es todo. Es la hora de la siembra, para mí. He estado ya suficiente tiempo en barbecho.

A pesar del sentimiento de inutilidad que me posee, no sin razón, y, a pesar de que veo que soy, en gran medida, un granuja, el espíritu del universo es extrañamente benévolo conmigo, y disfruto de un pedazo de felicidad poco común. Pero, a veces, me pregunto si no está por llegar el pago de esta deuda.

26 de noviembre

Esta noche fui a ver a los indios que siguen viviendo en cabañas.

Su lanza es muy útil. La parte central, afilada, proviene de un nudo en la madera del pinabete, y las que hay a los flancos son de

nogal americano. Cazan salmón, trucha, lucio, coto, etc. también de noche, a la luz de una corteza de abedul, usando el otro extremo como vara.

Su trineo, *jeborgon* o *jebongon*, de un pie de ancho y cuatro o cinco de largo, de madera fina virada hacia arriba como remate, arrastrado por una cuerda fuerte de corteza de tilo americano.

La canoa, de piel de alce. Una sola piel puede sostener tres o cuatro personas. Es fácil de montar y desmontar con rapidez. Se pueden sacar los listones interiores y plegar los lados. Una buena barca, y sencilla de transportar, para surcar los arroyos. Dicen que no hicieron canoas de abedul hasta que tuvieron utensilios afilados. Los abedules son más ligeros. Piensan que también lo son nuestros abedules, aunque sean una segunda generación.

El *kee-nong-gun* o cuna era un aro que evitaba que el niño se hiciera daño cuando se caía. Así no come mugre, y se le mantiene a distancia de las serpientes.

Aboak-henjo, un recipiente de corteza de abedul. Con piedras calientes, se puede hervir carne dentro; tarda mucho rato. También, un recipiente de corteza de abedul en forma de cacerola. Ambos adornados con hendiduras en la corteza, la parte de dentro expuesta al exterior. Apreciaron mucho nuestros calderos.

No conocían el uso del agujero en el hacha. Le pasaron un hilo y se la colgaron al cuello. Se cortaron los dedos del pie.

No les gustó el fusil. Maté un alce; asusté a los demás.

Hoy ha sido un día de neblina y de llovizna, en que la nieve se ha derretido. La neblina, rota en mil formas fantasmales, se hacía sentir en todo Walden. El Cliff Hill de Mr. Emerson, visto desde el ferrocarril, a través de la niebla, parecía una oscura, hosca y pesada montaña de New Hampshire. No entiendo bien por qué las colinas parecen mucho más grandes en estas circunstancias, a menos que al ser el punto más lejano que vemos en el horizonte, imaginamos que están aún más lejos y las engrandecemos. No es posible que sea una ilusión óptica.

Jueves 28 de noviembre

Llovizna fría y bruma lluviosa, que han derretido la poca nieve que había. Los granjeros han empezado a recoger la madera muerta. En un par de días, el caminante siente los guantes como algo cómodo, y comienza a pensar en conseguirse abrigo y botas.

Es notable aunque cierto, al menos en lo que yo he podido observar, que las mujeres, a quienes normalmente atribuimos una naturaleza más refinada y sibilina, obedecen, aun más que los hombres, a sus instintos animales. En ellas, la naturaleza es más fuerte, la razón más débil. Conozco, por ejemplo, muchos hombres, jóvenes y de mediana edad (zapateros, carpinteros, granjeros, y otros) que muestran escrúpulos a la hora de hacer uso de la carne animal, algo que veo en pocas chicas y mujeres. Estas últimas, incluso las más finas, son las que se oponen con más intolerancia a tales reformas. Es esto, quizá, parte de la naturaleza sencilla y conformista de las mujeres. Su salvador no debe ser demasiado fuerte, severo o intelectual.

V

Diciembre de 1850 - Julio de 1851

23 de diciembre

Aquí tenemos una clásica tormenta de nieve. Hay poca actividad en el ferrocarril. El ingeniero dice que arriba hay hasta tres pies de nieve. Walden está congelado, al menos un tercio del lago, aunque parecía como si lo estuviera completamente cuando hoy lo miré desde uno de sus lados.

Cuando la tierra está cubierta con nieve, puedo distinguir con más rapidez una pisada ligera o el rastro de trineo que cuando está desnuda. Las marcas que un pie o unas ruedas dejan son más evidentes. Quizás es la luz y la sombra lo que las traicionan, pero creo que es, sobre todo, porque la hierba y la maleza aparecen elevadas a cada lado, alrededor, dejando un claro, mientras que un claro en la nieve contrasta con más fuerza con los árboles y la hierba que la tierra desnuda o batida.

Incluso la superficie de la nieve acostumbra a aparecer con ondas, como las olas del océano.

24 de diciembre

Mientras cruzaba hoy las Great Fields, caminando sobre la nieve helada, me percaté de que la nieve fina y seca que atravesaba la superficie del campo helado parecía, si miraba hacia el oeste o hacia el sol, vapor que humeaba desde su superficie, como ocurre a veces cuando, después de llover, sale el sol sobre un tejado húmedo.

Vi a un alcaudón destrozando a picotazos a un pájaro más pequeño, al parecer un escribano nival. Finalmente, lo tomó con su

pico, aunque era casi la mitad de grande que él, y voló lentamente con su presa colgando del pico. Me doy cuenta de que no había asociado ese tipo de acciones con mis ideas sobre los pájaros. No era, para mí, típico de los pájaros.

Miércoles 12 de febrero

Un día hermoso, con poca nieve y poco hielo. Como la tierra está casi vacía, aunque el aire corta, las gallinas se han alejado del granero. Alrededor de su dueño, limpiándose las plumas y todavía temblando un poco, tratan de sobrellevar el año.

Con el hielo transparente como el agua, todavía demasiado fino como para caminar sobre él, el paseo al borde del prado me parece excelente por su variedad, novedad y naturaleza salvaje. Sobre la tierra desnuda o pisando la nieve, entre la zona más alta a donde llegó el agua y la orilla actual, un sendero estrecho y sinuoso, rico en objetos y vistas inesperados. La franja de desechos que indica la marea alta —iris mustios, juncos, ramitas y arándanos— es, a mis ojos, una estría agradable y significativa que la naturaleza traza al borde de los prados. Es una línea duradera y natural, bien marcada, que en verano me recuerda que ahí donde camino ha habido antes agua. A veces, los árboles estriados cuentan la misma historia. Los restos del naufragio del prado, que llenan mil calas y cuentan mil historias a aquellos capaces de leerlos. Nuestra costa de pradera mediterránea.

Solo hace falta que el hombre comience una valla para que la naturaleza continúe el trabajo y la complete. A menudo, el granjero alcanza solo con dificultad la parte superior del muro que él mismo ha construido, y es así que esta se convierte en un seto o en un bosquecillo.

Al fondo de la emoción que nos provoca el rugido de una catarata, hay algo más que mera asociación. Está relacionado con nuestras venas y su circulación. En nuestro interior, tenemos una cascada que corresponde, incluso, con las del Niágara.

Qué determinación por tener y asir la del hombre cuando adquiere algo. Qué interminable la ristra de sinónimos, de expresiones

relacionadas con la posesión, y cuánta palabra de relleno, aparecen en el proceso legal. Lo mío es mío. En una escritura antigua, referida a una pequeña parcela de terreno pantanoso de la que, hace poco, había hecho el peritaje, y que se hallaba tan encenegada que apenas si podría ya recuperarse, leo esto: «el mencionado Spaulding, sus Herederos y Cesionarios, desde este momento y en cualquier instancia futura, por virtud y obligación de estas escrituras, deberán y podrán tener, mantener, usar, ocupar, poseer y disfrutar del susodicho pantano, bajo instancias de la ley, en paz y tranquilidad».

21 de mayo

Ayer comprendí al fresno blanco y al fresno negro. Un fresno blanco macho, de doble tronco, en el pantano de Miles, y dos fresnos negros con hojillas sésiles. Un fresno blanco hembra cerca del ferrocarril, en el terreno de Stow. Los fresnos blancos que hay junto a la casa de Mr. Prichard no tienen brotes, o quizás aún no han florecido.

Si no me equivoco, es impropio llamarlo fresno *negro*, pues su corteza es más clara que la del fresno blanco.

Las agujas de mi nuevo pino, que está junto a la propiedad de Merriams, en Pine Hill, son de longitud intermedia, entre las del pino amarillo y las del pino noruego. No hallo en él conos que me permitan distinguirlo. Pero como las hojas son *semicilíndricas* y no *vaciadas*, creo que debe de ser un pino rojo o pino Noruego, aunque no parece muy rojo, y de seguro es píceo; además, responde a la descripción del pino amarillo, al que también se suele llamar pino píceo.

Llevo ya unos días oyendo ese sonido peculiar y ensoñador de las ranas, que es propio del verano: su sueño de una noche de verano.

Pienso que, a menudo, no nos damos cuenta de que el hombre es nuestro contemporáneo, de que, en este extraño y disparatado mundo, tan yermo y tan prosaico, hecho más para estar de paso que para ser vivido, vive, de hecho, una criatura tan divina como el hombre. El hombre, el único dios que conocemos, el hecho

supremo. Mientras la tierra contenga a tal extraña criatura, tenemos algo de que alegrarnos. Creo que el milagro que enfrenta al hombre es el hombre. Más allá del pálido horizonte, llueva o haga sol, con esperanza o en la duda, ahí habita un hombre, un ser real que puede simpatizar con nuestros pensamientos más sublimes.

Desde el pantano, la rana había entrevisto los cielos y su mente se había llenado de visiones, más grandes de lo que corresponde a esta tierra pantanosa. Pensó que se había convertido en una soñadora o en una visionaria. A saltos a través del pantano, se acercó a su compañera, y cuál fue su alivio y consolación cuando se percató de que ella también había tenido las mismas visiones celestiales y los mismos sueños.

De la naturaleza, volvemos sorprendidos por este hecho sobrenatural y *cercano*.

25 de mayo

Un aire refrescante, con algo de bruma, baña y limpia todo, resguardando del calor extremo a este día. Caminé hacia las colinas que hay al sur de Wayland, por la carretera, cerca de la casa del párroco Farrar. La primera panorámica fue justo detrás de la casa de los Merron: mirando hacia el oeste, se alzaba, al final del valle, el verde de un olmo, y, al fondo, las montañas azules y el horizonte. Estos son los sitios donde descansar durante una caminata. Nos encanta ver cualquier zona de la tierra que esté teñida de azul, claro u oscuro, el color del cielo, el color celestial.

Ahí encontramos a la celidonia en flor. La *Pirus arbutifolia*, variedad *melanocarpa*. El gris da lugar a la variedad *erythrocarpa*. ¿Es esta la tardía cereza de Virginia que encontramos en los pantanos? ¿Y la otra, la cereza negra temprana de los pantanos?

La caléndula acuática, *Caltha palustres*, llamada indebidamente primula.

La *Crataegus coccinea* o espino.

La verónica de hojas de tilo, pequeña y blanco-azulada, con flor de pétalos veteados, que se halla en los caminos. *Silene Pennsylvanica*.

¿Cómo se llama la que ahora está floreciendo en los prados, amarillo anaranjada, parecida al áster, y que suelta un olor dulzón cuando la magullamos?

¿Y cómo se llama la flor rosada y amarillenta, de tallo y hojas verde-blanquecinos, que hay en las colinas rocosas?

Ahora, a las 8:30 PM., he escuchado el sueño de las ranas. Así me parece que pasa mi vida. Es como el sueño de las ranas en una noche de verano.

3 de junio

Por primera vez, observo hoy la hierba en movimiento, la rápida mosquilla posada en ella. Quizá haya sido notado antes por alguien.

El trébol ha florecido.

7 de junio

No sé si se puede confiar del todo en mi sentido práctico. En general, las piernas me sostienen, pero en cuanto el sentido común me lanza hacia los objetos cercanos en que normalmente pulula, o cuando se me arrastra hacia los caminos trillados, pierdo los estribos, como quien dice, y comienzo a ponerme trascendental y a mostrar dónde tengo el corazón. Soy como esas gallinas de Guinea que Charles Darwin viera en las islas de Cabo Verde. Dice Darwin: «Nos evitaban como si fueran perdices en un día lluvioso de septiembre, corriendo con sus cabezas erguidas; y si las perseguíamos, enseguida alzaban el vuelo».

Es una especie de mundo de hadas este en que vivimos. En cuanto camino unas cinco millas, mi travesía se puebla de acontecimientos y fenómenos. ¿Cuántas preguntas que aún no he hecho a sus habitantes?

Pero, ¿cuán lejos puedes llevar tu sentido práctico? ¿Hasta dónde llega tu conocimiento? Cuando leo, en escrituras que tienen solo cien años de antigüedad, cosas como «disfrutar y poseer,

él y sus cesionarios, por siempre», pienso en lo miope que es el sentido que nos lleva de un día a otro. Cuando leo los epitafios de quienes murieron hace un siglo, me parecen aun más muertos de lo que ellos podrían esperar. Un día parece ser, proporcionalmente, una parte extensa de tu «por siempre jamás».

Uno de esos días lluviosos y tranquilos, en que la lluvia comienza a gotear sobre los campos de cultivo como sazonada por un pimentero; un día de pesca, en que veo salir, a caballo o a pie, a un vecino tras otro, abandonado el trabajo, enfundados en su traje de hule y con la caña de pescar. Un día y una actividad que puede hacer de todos ellos filósofos.

Domingo 8 de junio

En *Voyage à l'ouest des Monts Alléghanys*, 1802, de F. A. Michaux, esto es, Michaux el joven, impreso en París en 1808.

En primavera, la corriente del Ohio es tan rápida que no falta remar. De hecho, remar haría más mal que bien, pues sacaría a la embarcación de la corriente y la encallaría en algún banco de arena o en algún islote, donde quedaría varada entre troncos flotantes. Esto determina la forma de las embarcaciones, que no son las mejores en lo que se refiere a la velocidad, sino que están hechas para obedecer la corriente. Tienen entre quince y cincuenta pies de largo, y diez o doce en uno de sus anchos, quince al otro; están rematadas en forma rectangular, y en uno de los extremos tienen un techo de maderos, como si fuera una casa. Ambos lados están a unos cuatro pies y medio por encima del nivel del agua. «Estaba solo, en la ribera del Monongahela, cuando vi en la distancia, por primera vez, cinco o seis de estas embarcaciones, que descendían por el río. No era capaz de adivinar qué eran esas enormes cajas cuadradas que, abandonadas a la corriente, presentaban, alternativamente, sus extremos, sus lados, e incluso sus ángulos. Según se acercaban, pude oír un ruido confuso, aunque, debido a la altura de los lados, no podía distinguir nada. Solo cuando subí a la ribera identifiqué, en estas embarcaciones, a un gran número de familias, con sus caballos, vacas, pollos, carretas,

arados, arneses, camas y utensilios agrícolas, en resumen, todo lo que constituye lo que se puede transportar de una casa y de una granja. Aún así, él se vio obligado a remar incesantemente para que su canoa de tronco surcara la lenta corriente del Ohio en abril de 1802.

Después de recorrer más de tres mil millas en Norteamérica, dice que en cuanto a *force végétative des forêts*, no hay parte que se pueda comparar a la región del Ohio que va de Wheeling a Marietta. Treinta y seis millas por encima de este último lugar, había medido un plátano, a la orilla del Ohio, que, a cuatro pies del suelo, tenía cuarenta y siete de circunferencia. El tulípero y el plátano, según le había dicho su padre, eran los árboles de mayor diámetro en Norteamérica.

Hoy cogí las primeras fresas.

Miércoles 11 de junio

Después de un par de días lluviosos, una bella noche de verano, no demasiado cálida, con luna no del todo llena. Caminé hacia Fair Haven junto al ferrocarril, y volví por el prado de los Potter y por el camino de Sudbury. Al principio, estaba temiendo que hubiera demasiada luz blanca, como los restos pálidos del día, y no una luz amarilla, más lúgubre y ensoñadora, y que sería como una vela durante el día. Pero en cuanto me alejé del pueblo y me adentré en la noche, se puso mucho mejor. Escucho al chotacabras y veo unas pocas luciérnagas en el prado.

Nuevos seres usurpan el aire que respiramos, rodeando a la Naturaleza, llenando de sonido sus grietas. Dormir donde pueda escucharse al chotacabras en sueños.

Las veredas del bosque no se ven mejor que cuando hay luna llena; tan ocultas, pero al mismo tiempo abriéndose a nuestro paso cuando menos lo esperamos. Estás de lleno en el bosque, y, aun así, tus pies no tropiezan con ningún obstáculo. Es como si en lugar de una senda, fuera un pasaje sinuoso entre los arbustos lo que tus pies encuentran.

¡Ay, esa vida que yo he conocido! ¡Qué difícil acordarse de lo que es más digno de recuerdo! Nos acordamos de nuestras ansias, no de cómo latió nuestro corazón. A veces me viene a la mente la calidad, la inmortalidad de mi juventud, pero esa es la única relación que halla mi memoria.

Escucho a la curruca nocturna, que canta como en sueños, y lo hace así desde su primer trino, por alguna razón misteriosa.

Nuestro lado espiritual tiene una forma más definida, como la sombra que vemos nos acompaña.

No sé por qué, pero en la noche siento menos vigor; mis piernas no me llevan tan lejos, como si la noche no fuera menos favorable para el ejercicio físico, como si, de algún modo, nos debilitara, del mismo modo en que la oscuridad deja a las plantas pálidas. Pero quizá mi experiencia solo ha ocurrido en momentos en que ya venía cansado de todo el día, con lo que aún no he realizado con justicia el experimento. A pesar de todo, después de una larga jornada de trabajo, hay días en que me siento de un vigor excepcional.

Solo la luna de los cazadores o la luna de la cosecha son famosas, pero creo que toda luna llena tiene un carácter bien marcado y merece, por tanto, este reconocimiento. Una de ellas podría llamarse la luna de una noche de verano.

A la noche, no hay flores, o, al menos, no hay variedad de colores. Los rosas no son tan rosas, solo brillan tenues, reflejando algo más la luz. En lugar de flores bajo nuestros pies, estrellas sobre nuestra cabeza.

Mi sombra tiene la precisión de una segunda persona, como un compañero negro, casi un diablillo, y yo pregunto «¿quién es este que veo escabulléndose tras de mí cuando voy a sentarme en una roca?»

Que yo sepa, nadie ha observado las diferencias mínimas que hay en las estaciones. No hay dos noches iguales. Aunque el aire es más cálido, las piedras no se sienten más cálidas, ni tampoco la arena. Un libro sobre las estaciones, cada una de cuyas páginas debiera ser escrita en su propia estación y al aire libre, o en donde sea que uno esté.

Cuando sales a la vereda, aunque todavía lejos del pueblo, y sientes la arena bajo tus pies, es como si hubieras alcanzado tu

propio camino de grava. Ya no escuchas al chotacabras, ni observas tu sombra, pues esperas la aparición de otro viajante. Simplemente, te sorprendes caminando. El camino lleva igual hacia el pueblo tus pasos que tus pensamientos. Solo ves el camino, y tus pensamientos vagan distraídos frente a los objetos que están brindándose a tus sentidos. No estás en tu sitio. Es como un modo de conformidad: caminas a la manera del hombre.

En *Viaje alrededor del mundo de un naturalista*, de Charles Darwin, comenzado en 1831: Granizo del tamaño de una manzana pequeña en Buenos Aires. Mató trece ciervos, además de las avestruces, que aguantaron, aunque el granizo cegaba, etc., etc. El doctor Malcomsom le contó sobre el granizo en la India en 1831, «hirió gravemente al ganado». Caían piedras de unas diez pulgadas de circunferencia, que atravesaban las ventanas dejando agujeros redondos.

Me gustaría leer el *Viaje de Azara*.

Los caballos llegaron a La Plata en 1535. Estos, junto al ganado y las ovejas, modificaron completamente el aspecto del país: la vegetación y demás. «En algunas partes, el cerdo salvaje sustituye al pecarí; se pueden oír manadas de perros salvajes aullando en las riberas frondosas de los riachuelos menos frecuentados; y el gato común, transformado en animal salvaje y grande, habita las colinas rocosas.»

La gran planicie del sur de México es, para los animales migratorios, la división entre Norteamérica y Sudamérica. Tres helechos de seis pies de circunferencia en la tierra de Van Diemen.

13 de junio

Anoche (la luna apenas llena) caminé hacia Walden, junto al ferrocarril, y luego, al ascender, fui por las veredas del bosque, volviendo por el camino de Wayland. La última vez que hubo luna llena, a los helechos no les habían salido aún todas las hojas —no daban su pesada sombra— y sus perfiles, a la noche, en las calles, resultaban mucho menos ricos y llamativos.

Hace un par de noches, lejos de Fair Haven, caí en la cuenta de lo valiosa que es el agua cuando hay luna llena. Como el río y el estanque de Fair Haven que, aunque están lejos, reflejan la luz con un débil resplandor trémulo, como si fuera el resplandor de la primavera del año. El agua brilla con una luz interior, como un cielo en la tierra. ¡La silenciosa profundidad, la quietud y la majestuosidad del agua! Es raro que el hombre se detenga a distinguir oro y plata, siendo tan comunes estos elementos preciosos. En la distancia y bajo la luz de la luna, vi un río que corría sin hacer ruido, al igual que hace durante el día, como plata derretida que refleja la luz de la luna. Yacía a lo lejos, surcando la tierra. ¡Qué lejos nos parece, en la noche, e incluso desde una colina baja, a cuántas millas, ahí abajo en el valle! ¡Tan lejos como el paraíso y el campo agradable! Por la noche, el agua se ve sobrecogida por una extraña gloria. A través de ella, los cielos se relacionan con la tierra, indistinguible del cielo que hay a tus espaldas. Y se me olvidó decir que cuando pasaba por el cercado de Potrees, o más lejos, ya junto al arroyo de Potter, vi, de repente, la luna llena reflejada en un charco. Un charco desde el que podemos ver la luna reflejada, y a nuestros pies, la tierra disuelta. La luna mágica con su cohorte de estrellas, mirando hacia arriba, con brillo calmado, desde una ventana de la oscura tierra.

Esa misma noche, observé también que había un halo alrededor de mi sombra, lo que atribuí al color más claro de la superficie en que se mostraba. Llevé mi sombra a la zona de hierba más oscura, y podía ver igualmente el halo. La luna sirve también para precisar el contorno de la sombra.

También anoche. Un par de luciérnagas en el prado. ¿Brillan durante el día, aunque sea de un modo invisible? ¿Está encendida su candela durante el día? Tiene que llegar la noche para que el chotacabras comience a cantar.

Según entraba en el Deep Cut, me impactó observar, en el banco de arena oriental, el primer reflejo pálido, pero genuino y sin mezcla, de la luna, mientras que el horizonte, aún rojo por la luz diurna, tintaba el lado oeste. ¡Qué intervalo entre esas dos luces! La luz de luna, ¿en qué era del mundo empieza a caer sobre la tierra? La luz de la luna parecía la luz joven y llena de rocío de

la mañana, y la tintura de luz diurna me recordaba mucho más a la noche. Ahí estaban las viejas dinastías, opuestas y contrastadas, y, en medio, un intervalo que el tiempo no podía abarcar. Luego llega la noche, momento en que la luz nocturna cede a la luz diurna. Pero aquello sugería un intervalo, una distancia no reconocida por la historia. Hay naciones que han florecido en esa luz.

Cuando había subido al banco de arena que hay a la izquierda, sentí en la mejilla una corriente o estrato de aire más cálido, como la bocanada de un horno.

Los tallos blancos de los pinos que reflejaban la luz pálida, erectos, apiñados y ya sin ramas bajas, me hicieron pensar que los pinos no son más que hierba que se ha elevado hasta poseer una cabeza pajiza, y que nosotros somos insectos que se arrastran entre ellos. Son particularmente parecidos a la hierba.

¿Por cuánto tiempo retienen el calor del sol los vendavales? Me los encuentro recogidos en la zona alta de las laderas, bien arriba, y especialmente en los claros y en las zonas de campo abierto. ¿Sobrevive algo de este aire cargado al rocío de la noche? ¿Podemos encontrarlo con recuerdos del sol de ayer, incluso en los horas matinales? ¿Es posible que algún soplo o ráfaga resistan a la noche en los claros elevados y rodeados de bosque?

La rana toro pertenece al verano. Diferentes ranas marcan cada estación: la *Hyla piadora*, el sapo y la rana toro. Creo que, ocasionalmente, se las puede escuchar a todas juntas.

Oí perdices batiendo las alas⁴ hasta bien entradas las 9 de la noche. ¡De qué modo tan singular penetra el espacio ese sonido espeso! ¿Por qué nunca estoy cerca de su lugar de origen?

Por lo común, no vivimos nuestras vidas con plenitud. No llenamos de sangre todos nuestros poros. No inspiramos y expiramos lo suficientemente a fondo, como para que la ola —grande o pequeña— de cada inspiración ruede hasta que se encuentra con la arena que nos limita, rompiendo contra nuestras costas

⁴ Ocurre durante la temporada de apareamiento de las perdices, urogallos y otras aves similares (*drumming*, en el original). Un par de párrafos más adelante, Thoreau se refiere también al sonido que producen los chotacabras (*booming*) cuando en su cortejo caen en picado y baten las alas poco antes de alcanzar la superficie.

más lejanas y devolviéndonos el sonido del oleaje. ¿No vendrá un fuelle en nuestro auxilio, para ayudarnos a respirar? Vivimos solo una fracción de nuestra vida. ¿Por qué no nos abandonamos a la inundación, abriendo las compuertas, poniendo todas nuestras ruedas en movimiento? El que tenga orejas para escuchar, que escuche. Emplea tus sentidos.

Los diarios nos dan noticias que un hombre observador, en una caminata solitaria, ni siquiera se detendría a mencionar; como si el aparecer en público les diera algo de importancia y de dignidad. ¿Se nos tiene que anunciar cada día que precisamente esa sigue siendo la rutina de la vida?

El sapo arborícola también es un sonido del verano.

Según se hace de noche, escucho, a cada rato, las notas tenues —himno vespertino— de lo que parece un gorrión que se está quedando dormido; más tarde, oigo el cloquear o el chasquido de un pájaro oculto entre los árboles cercanos. El chotacabras, despierto del todo, bate sus alas.

Incluso a la luz de la luna, no podemos ver bien la superficie de la tierra, pero nuestra experiencia diurna nos da confianza.

Al salir del bosque, por el camino de Hubbard, encontré el aire más cálido y, según me acercaba al estanque, vi rielar la luna en la superficie, y en la ensenada, ahora cercana e inundada, vi chinches de agua que trazaban círculos y líneas como vetas o curvas de luz. La pirámide invertida de luz trémula que da la luna comenzaba a unas 20 varas de distancia, y parecía una extensión de arena micácea. Pero me sorprendió ver, a mitad de camino, en la zona de aguas oscuras, una luz fosforescente, como de llamas, que coronaba la cresta de las tenues olas, y que al principio pensé que eran luciérnagas o incluso cocuyos. Parecía una llama pura y sin humo, de unas seis pulgadas de alto, que emergía del agua y que se desdoblaba parpadeante por su superficie. Pensé en el fuego de San Telmo y en fenómenos atmosféricos parecidos. Pero al acercarme a la orilla del estanque, las llamas aumentaron, y comprobé que se trataba también de reflejos rotos provenientes del disco de la luna, aunque su luz era más intensa que la de la propia luna. Y lo eran a causa del contraste con el agua que había alrededor. De pie, junto a la orilla y ya más cerca de la superficie

ondulada, pude ver los reflejos de la luna, que resbalaban sobre la cuenca acuosa como monedas lustrosas, bruñidas, que estuvieran siendo vertidas desde un saco con prodigalidad inagotable. Se multiplicaban los fuegos fatuos en la superficie, y parecían deslizarse unas pocas pulgadas con cada ola, antes de extinguirse. Y pude ver cómo, cada vez más y más lejos, estos fuegos fatuos se fundían, gradualmente, en el resplandor general que, en realidad, estaba formado —si mirásemos desde un ojo colocado en el lugar correcto— por una miríada de pequeños espejos que reflejaban el disco de la luna con idéntica luminosidad. La pirámide o haz de luz que vemos emerger desde el lugar en el que estamos, es, de hecho, solo el esbozo de la parte de luz trémula que puede abarcar un ojo. Para una miríada de ojos dispuestos adecuadamente, toda la superficie del estanque aparecería brillando; o, mejor, según las olas viran hacia arriba sus espejos, para ser ocupados por dichos reflejos —llamas luminosas— del disco de la luna, el estanque se vería cubierto por una miríada de velas emergiendo, por todos lados, desde dentro de las olas. Por ejemplo, si hubiera tantos ojos como ángulos presentan las olas, la superficie se nos aparecería tan brillante como la luna. Estos reflejos, además, se dispersan por la atmósfera en todas direcciones, inundándola de luz. No es extraño, entonces, que de noche, el agua se nos aparezca a tanta distancia, incluso, en la mayoría de los estados atmosféricos, a más distancia de lo que lo hace durante el día. Al principio, pensé que era algún tipo de fosforescencia infrecuente. En algunas de sus posiciones, estas llamas eran como puntas de estrella, más brillantes que las estrellas más brillantes. De repente, una llama se nos aparecía en un lugar oscuro y cercano, igual que un gas inflamable sobre la superficie; como si un gas inflamable se abriera paso desde el fondo.

Oí a mi viejo y musical búho monocorde. El sonido de las ranas *soñadoras* prevalece sobre cualquier otro. Ocasionalmente, un sapo que está cerca me hace un sonido obscuro, como el sonido de un eructo, al lado mío. Creo que son la encarnación del eructo; sugieren flatulencias.

Las aguas del estanque están más altas que nunca, como para estorbar a los pescadores; apenas si pude alcanzar la verdadera

orilla, debido a los arbustos. Me adentré un poco, con un bote, y escuché las olas golpear contra la proa. En el fondo, vi el reflejo móvil de las olas luminosas, débiles vetas de luz que dejaban entrever las sombras de las olas o la opacidad del agua.

Mientras subía de nuevo la colina, camino a mi antiguo terreno de alubias, escuché, por debajo de todos los demás sonidos, a mi querido y familiar grillo, vetusto e inmortal, aunque al inicio solo percibiera ocasionalmente, pero claro, su chirrido. Cuando este cesó, reconocí la canción de la tierra, que mi oído no había registrado, en la que esos chirridos eran solo las flores más altas de un lecho. Me preguntaba si más abajo o detrás del lecho de la canción de la tierra, no habría otro canto aún más universal. ¿Por qué no somos capaces de escuchar el momento en que este se inicia en la primavera? ¿O su cese cuando llega el otoño? ¿O es que es demasiado gradual?

Desde el momento en que estoy otra vez en la senda, de vuelta a casa, no tengo pensamiento alguno que anotar; en comparación con lo anterior, la caminata resulta estéril. El ramaje lleno de hojas del olmo parece encorvarse más en la noche.

Domingo 15 de junio

Darwin, todavía: [tres páginas de notas]

Vi hoy, en el lado oeste del paso elevado del ferrocarril, la primera rosa salvaje. Han aparecido, de repente, las margaritas, y el trébol le da a los campos un aspecto rico y florido; el fértil rojo y el blanco de dulce aroma. Los campos se ruborizan debido a las especies rojas, como el cielo del oeste al atardecer. La «hierba de ojos azules», obedeciendo a su nombre, mira al cielo. Y la milenrama, con sus tallos y corolas secas, está ahora lista para florecer. Los tallos y corola secos del tanaceto del año pasado sobresalen sobre las nuevas hojas verdes.

Después de caminar de noche en bastantes ocasiones, ahora camino de día, pero no encuentro mayor ventaja en ello. Veo mejor los objetos pequeños, pero esto no me ilumina ninguno de ellos. El día es más trivial.

29 de junio

Hay muchísimo trébol blanco este año. En campos en que no se han plantado semillas de trébol en muchos años, abunda más que el rojo, y las corolas son casi igual de grandes. Incluso ha crecido en prados cerrados, y donde creo que el año pasado no había tréboles, se les puede ver crecer, blancos y algo más humildes. Esta es la temporada de los enjambres de abejas, y este trébol les es muy atractivo, así que es difícil controlarlas; en cualquier caso, es más importante proteger sus servicios ahora que pueden hacer miel tan rápido. ¡Es una pregunta interesante, el porqué este año es tan favorable a la aparición de tréboles!

El cornejo alba, un arbusto bajo, crece ahora junto a los muros.

Una de las peculiaridades de mi «Semana» fue su carácter *hipo-etéreo*, por usar un adjetivo que se aplicaba a los templos egipcios que están abiertos a los cielos: *bajo el éter*. Pensé que esta semana tenía, en torno de sí, poco del ambiente casero, y que podría haber sido escrita completamente en la naturaleza, como en gran medida ocurrió. Solo fue en un momento posterior de la escritura que empecé a utilizar frases que implicaban que vivía en una casa o que llevaba una vida doméstica. Confío en que el libro no huelga a estudio y a biblioteca, ni siquiera a buhardilla de poeta, sino a campo y a madera. Pues es un libro hipo-etéreo o sin tejado, expuesto a todo tipo de cambios en el tiempo, abierto bajo el éter y permeado por él, y difícil de mantener en un anaquel.

Las patatas están empezando a florecer.

2 de julio

¡Un viajante! Me encanta esa acepción. A un viajante, hay que reverenciarlo como tal. Su profesión es el mejor símbolo de nuestra vida. Ir desde —hacia— es la historia de cada uno de nosotros.

Hoy solo hace falta un poco de distancia para que las colinas e incluso los prados nos parezcan azules. Ese principio que le da al aire un color azul es hoy más abundante.

Hoy está floreciendo la asclepia. Ya hay frambuesas maduras: el fruto más inocente y simple, el más puro, el más etéreo. Las cerezas están en sazón. En los jardines, las fresas recién han pasado su punto de maduración.

6 de julio

Hay ventajas en ser el hombre más humilde, más tacaño, y menos solemne del pueblo, al punto de que hasta los niños que trabajan en los establos se mofan de ti. Hay mucho hombre rudo y bienintencionado, que apenas me conoce, pero me habla familiarmente con mi nombre propio. Recibo de ellos todo lo bueno que tienen; y no pierdo nada.

Las corolas rojas de los tréboles se han puesto negras. Su rico florecer dura poco tiempo. Las blancas también están poniéndose negras o mustias. Las margaritas aún aparecen blancas en los campos. Ya casi no se ve la «hierba de ojos azules». La hierba en los campos y en los prados no es tan fresca y tan hermosa como hace dos semanas. Está más seca, más madura, lista para los segadores. Ha pasado junio. Junio es el mes de la hierba y de las flores. Ahora la hierba se convierte en heno, y las flores en frutas. En las colinas, recolecto ya arándanos en sazón. La hierba de puntas rojas está en su mejor momento, tintando de rojo los campos.

VI

Julio - Agosto de 1851

14 de julio

Pasando esta mañana por los Great Fields (donde estaba haciendo el peritaje de una vereda), los inspectores del condado arrancaron unos cuantos nabos tempranos, los pelaron con sus cuchillos y se los comieron. También yo intenté, con dificultad, masticar un bocado de nabo crudo y pensé en la vida de las vacas y los bueyes, pues puede ser este un buen hábito en casos extremos. Estas cosas ocurren según pasan las estaciones. Son cosas que los viajeros han de hacer.

Miércoles 16 de julio

Pienso que mi experiencia actual no es nada, y que mi experiencia pasada lo es todo. Ninguna experiencia que pueda tener hoy es comparable a las experiencias de mi niñez. Y no solo es esto cierto, sino que, hasta donde puedo recordar, he referido siempre mis experiencias, de modo inconsciente, a un estado de existencia previo. Mi vida era éxtasis. En la juventud, antes de que perdiera mis sentidos, recuerdo que estaba vivo y habitaba mi cuerpo con satisfacción inexplicable; tanto su cansancio como su frescura me eran dulces. Recuerdo cómo me asombraba. Buscaba en los libros experiencias parecidas y, es extraño decirlo, no encontraba ninguna. Incluso con toda la ciencia del mundo, ¿es posible decir cuándo y cómo entra la luz en el alma?

Las bayas están empezando a madurar, y los niños planean expediciones para ir en su busca. Son importantes, estas bayas, para

los niños, como introducción al campo y a los bosques, y como frutos salvajes de los que se saca mucho provecho. Durante la temporada de las bayas, hay vacaciones en los colegios, y numerosos dedos menudos recogen los pequeños frutos. Es siempre un pasatiempo, nunca resulta pesado. Recuerdo lo contento que me ponía cuando podía faltar medio día de escuela e ir, yo solo, a recoger arándanos en una colina cercana para hacer un pudín para la cena familiar. ¡Ah! Ellos se tomaron solo el pudín, pero yo además saqué una experiencia inestimable. Medio día de libertad como ese era casi una promesa de vida eterna. Día de emancipación en Nueva Inglaterra. ¡Qué día, aquel, mis compatriotas!

Ahora, a las 4 de la tarde, oigo al pibí oriental en el bosque, y el cuco me recuerda a una especie de silencio que hay entre los pájaros y que no había notado. Me he adentrado en el bosque de Contant y la oropéndola (¿el ojirrojo?) canta sin cesar como un petirrojo en la tarde. El chipe suelero ayuda a rellenar las pausas. El zumaque venenoso, que aun no se siente culpable, muestra sus bayas verdes. La *Lysimachia ciliata*, de hojas en forma de corazón, está en los bosques bajos y abiertos. La brisa da vuelta a las hojas del olmo, haciéndoles mostrar su envés blanco, lo que le da un aspecto fresco y ondulado a los bosques. El río es una franja azul oscura que serpentea entre el verde de los prados. ¿Cuál es el color del mundo? Verde, mezclado con rojizo y amarillento para las colinas y para la hierba madura; verde más oscuro para los árboles y para los bosques; azul con motas blancas y oscuras para el cielo y para las nubes, y azul oscuro para el agua. Detrás de la antigua casa, oigo a la ardilla gorjeando como un gorrión; es así como la Naturaleza funde sus creaciones. La panorámica de Nobscot y los valles de Conantum hacia el suroeste, que hierven con el elemento azul, me refresca. Por ahí viene un pájaro de vuelo saltarín y leve piar, como un mensajero del Elíseo. El impetuoso gorrión canturrea sus pocas monedas, pura plata, sobre el contador del pastizal. Desde lejos veo los montones de centeno. Un par de árboles muertos le dan al paisaje su toque salvaje, aunque este sea un rasgo poco común en un viejo condado ya asentado como este.

Las manzanas verdes están ya tan grandes, que me recuerdan al otoño. Ha llegado otra vez la temporada de la fruta. El apocino tiene

una flor delicada, bonita, que se parece a una campana. Abunda por todos lados el té de Jersey. Veo en los campos la marca de las guadañas, que muestran la amplitud de cada faja de hierba que los segadores han ido cortando. Ya se han formado las avellanas, y uno puede sacarse las manchas de bayas, si alguna hubiera, con las cáscaras. La dulcamara está en flor. Vine por la explanada de pinos que hay detrás del terreno de James Baker, y que ahora es prado abierto. Estos son nuestros mejores y más agradables bosques: abiertos, llanos, con arbustos de zarzamora entremezclados entre los árboles, y flores, como las «zapatillas de dama», o, en las lindes, clavellinas. Cada árbol tiene espacio suficiente. Y ahora escucho en la sombra al zorzal maculado, que ama tanto como yo estos bosques de pinos.

18 de julio

Debiera añadir a la lista del 16 de julio la *Aralia hispida*, aralia erizada; la *Lysimachia ciliata*, de hojas en forma de corazón, la *Lysimachia racemosa*, con su racimo redondeado al final del tallo, y la arveja silvestre (*Vicia charca*). El fruto del mirto de Brabante está ya verde.

19 de julio

Aquí estoy, con treinta y cuatro años, y mi vida aún casi no se abierto. ¡Cuánto hay todavía en germen! Hallo, en tantas ocasiones, tal intervalo entre mi ideal y su circunstancia actual, que podría decirse que aún no he nacido. Tengo el instinto social, pero no hay sociedad. La vida no dura lo suficiente ni para un solo éxito. Es difícil que ese milagro ocurra en los próximos treinta y cuatro años. Me da la impresión de que mis estaciones se suceden con mayor lentitud que las de la naturaleza; mi tempo es diferente. Estoy satisfecho. Esta revolución veloz de la naturaleza, incluso de la naturaleza en mi interior, ¿por qué debiera acelerarme? Dejemos que cada hombre dance al son que escucha, sea

cual sea su medida. ¿Importa que madure tan rápido como un manzano? ¿O como un olmo? ¿No será que mi vida dentro de la naturaleza, en su proporción sobrenatural, es solo la primavera, una porción infantil de la vida de mi espíritu? ¿Se hará verano mi primavera? ¿No estaría entonces sacrificando un estado completo allá, por una apresurada y mezquina perfección aquí? ¿Si mi curva es amplia, por qué doblarla hacia un círculo más pequeño de lo que merece? El despliegue de mi espíritu no sigue el ritmo de la naturaleza. La sociedad para la que se me hizo no está aquí.

22 de julio

Ha llegado la estación de las neblinas matinales. Creo que está conectado con la canícula. Quizá se debe al contraste mayor entre noche y día, pues las noches siguen siendo frías, pero durante el día hace cada vez más calor.

Me baño en el río. Me tumbo donde no cubre, entre los juncos, sobre el lecho arenoso. Pero el río está consumido y fraccionado. Encuentro difícil el mojarme a fondo. De buena gana, sería yo el canal de un riachuelo de montaña. Me baño, y al par de horas me baño de nuevo, sin ni siquiera acordarme de que me había humedecido ya antes. Cuando llego al río, me quito la ropa y la llevo conmigo al hombro. Luego me baño, me limpio el barro y continúo caminando. Iría con gusto, en mis caminatas, hasta el final de los ríos.

23 de julio, 8:00 AM

Sopla una brisa agradable. Creo que escribiré mejor por la tarde si salgo esta mañana. Mi genio marca diferencias que mi entendimiento no puede hacer y que mis sentidos no captan. Si hiciera lo contrario de lo que normalmente hago, esto es, salir a haraganear por los campos toda la mañana, para después sentarme en mi cuarto por la tarde —lo que es muy inusual en mí—, sería para mí como una nueva estación, y la novedad me inspiraría.

El viento casi que me ha sacado ya de la casa; los elementos son tan vivaces y activos, y he simpatizado con ellos de tal modo, que no podía permanecer sentado mientras soplaba el viento. ¿Está obligado el hombre de letras a permanecer siempre, o a menudo, sentado en su cuarto, en el que la naturaleza solo entra por una ventana? ¿De qué sirve entonces el verano?

La mente está sujeta a cambios de ánimo, al igual que las sombras de las nubes que pasan sobre la superficie de la tierra. No les prestes demasiada atención. Que el viajante no se detenga por su causa. Coexisten con el mejor tiempo. Por capricho de mi mente, de pronto me sentí disuadido a detener mi caminata, pero, al instante, me percaté de la sombra de una nube que estaba pasando justo por el punto en que me hallaba. Y aunque no era demasiado grande y no tenía conexión alguna con mi estado, me sugirió, de todos modos, lo transitorio, lo poco a tener en cuenta, de tal humor. Continué, y al momento, el sol iluminaba mi caminata, por dentro y por fuera.

El arbusto de botones (*Cephalanthus occidentalis*) está en flor. Las cañas de pipa de tabaco en los bosques húmedos. En el campo y en las colinas hay parajes de solo un par de varas cuadradas que me atraen como si hubieran sido la escena de placeres en otra fase de la existencia.

Pero este hábito de observación minuciosa (en Humboldt, en Darwin, y en otros), esta ciencia, ¿hay que seguir insistiendo en ella? No pises sobre el talón de tu experiencia. Déjate impresionar sin tener que tomar nota de ello. La poesía coloca un intervalo entre la impresión y la expresión; espera a que la semilla germine de modo natural.

25 de julio

Salí para la isla de Clark a las 7:00 AM.

A las 9:00 AM tomé el barco de Hingham que me llevó a Hull. A bordo, una fiesta agradable, niños y niñas de South End, que, al parecer, iban a Hingham. Muchos de ellos eran niños de ascendencia irlandesa, maleducados y mal vestidos. Triste de observar.

Niños de 12 años, envejecidos prematuramente, fumando puros. Sentí que si fuera la madre, los azotaría y los mandaría inmediatamente a la cama. Niños así deben ser tratados como por delito de robo o de impureza. Pensé con cierta complacencia en el infanticidio común entre los Orientales. Me parece oír voces de niños que dicen «Padres, dadnos una oportunidad». No existe tal mezquindad en el campo.

29 de julio

Un viento noreste con lluvia, que embravece el mar. A pesar de la llovizna, o «yovna», como solía llamarla el tío Ned, navegué unas tres millas hacia Plymouth. Pasamos frente a la playa de Plymouth, de unas tres millas de longitud. No fue hasta más tarde que me di cuenta de que había pasado junto al peñón de Hedge Warf y de que había desembarcado en el mismo lugar en que lo hicieron los Peregrinos. A la vuelta, más viento y más virajes.

Navegar en agua salada fue algo nuevo para mí. El barco es una criatura viva, incluso en este torpe navegar casi en la misma dirección del viento. El barco de vela es una invención admirable, que obliga al viento a llevarte incluso contra sí mismo. Es más fácil de guiar que un caballo, la más leve presión en el timón resulta suficiente. Creo que el inventor debe de haberse quedado sorprendido, además de maravillado, con el éxito de su experimento. Es tan contrario a lo que esperaríamos, como si los elementos estuvieran ahí para ayudarte. ¡Este mar profundo e insondable! ¡Y este viento soplando siempre por encima para transportarte! A las 10:00 PM el tiempo estaba claro y la luz de las estrellas era brillante.

31 de julio, 11:00 AM. Zarpando hacia Plymouth

El señor Thomas Russell (quien no creo que tenga setenta años), en cuya casa de la calle Leyden tomé té y pasé la tarde, dice que recuerda haber visto a Ebenezer Cobb, nativo de Plymouth, que murió en Kingston en 1801 a la edad de ciento siete años, y

quien, a su vez, recordaba haber conocido personalmente a Peregrine White (que vivió hasta los ochenta y tres años), y al que vio a caballo cuando este era ya un hombre mayor. White nació en la bahía de Cape Cod antes de que los Peregrinos llegaran a Plymouth. El Salón de los Peregrinos. Solían picar fragmentos de la Roca de los Padres Fundadores con un cincel frío hasta que el pueblo lo prohibió. Lo que queda de la piedra en el embarcadero tiene unos siete pies cuadrados.

Dejé Plymouth a las 9:00 AM; 1 de agosto.

Podría hacer una lista de cosas mal hechas. Los yanquis no merecemos la fama que tenemos. Por ejemplo, ¿por qué no tenemos un mapa de bolsillo del Estado de Massachussets? Hay un mapa grande. ¿Por qué no lo cortan en media docena de hojas y lo doblan con una pequeña tapa para que quepa en el bolsillo? ¿Es que no hay viajeros que harían uso de él? Bueno, en realidad solo hay unos pocos, y quizás es por eso. La gente va en tren, y los mapas estatales que hay colgados en la cantina suelen ser suficiente. Se ha hecho un trabajo de agrimensura del Estado perfecto y de alto coste, y aun así, el mapa de bolsillo de Dearbon es lo mejor que tenemos.

4 de agosto

Mientras mi ojo descansaba sobre la ulmaria en flor, escuché la nota del grillo otoñal, y me invadió el sentido del otoño. ¿Fue sonido o fue forma? ¿O fue el aroma? ¿O el sabor? Estamos ahora en el soberano mes de agosto.

5 de agosto

¿Qué mala recopilación y qué pobre, la del *Anuario de Descubrimientos Científicos*. Está claro que hay observaciones realizadas durante el año que no están recogidas ahí, observaciones en las que un mortal cualquiera ha vislumbrado la Naturaleza durante el 1851 en alguna esquina del mundo. Un verso perenne me

resultaría equivalente y me haría olvidar numerosos volúmenes de ciencia. El astrónomo es tan ciego a los fenómenos de importancia, o a la importancia de los fenómenos, como el aserrador que lleva gafas para proteger sus ojos del serrín. La cuestión es qué ves, no hacia dónde estás mirando.

8 de agosto, 7:30 PM. A Conantum

La luna no ha llenado aún sus cuernos.

¿No podríamos llamarla la «Luna de los Inválidos», si pensamos en la calidez de las noches? Parece que la única ocupación de los granjeros, ahora mismo, es la de recoger montones de heno y segar algo de avena.

17 de agosto

Está bastante fresco desde hace un par de días. A tal punto que, por la mañana, incluso con una chaqueta fina, podía sentirse el frío cuando uno se sentaba junto a la ventana, al lado oeste de la casa, en busca del sol de esa hora. A pesar de ello, el fresco concentraba mis pensamientos. Y cuando ya no encontré una ventana soleada, salí afuera en la mañana del 15 de agosto y me tumbé al sol en el campo con mi chaqueta fina, aunque incluso ahí hacía un poco de frío. Me da la impresión de que este fresco me sienta bien. Pero me hace más ensimismado. ¿Y por qué el recogimiento tiene que asemejarse a la tristeza? Hay un tipo de tristeza fértil, que no evito, sino que incluso busco seriamente. Me resulta del todo gozosa. Ahuyenta la trivialidad en mi vida. Mi vida corre con una corriente más profunda, y no es ya el torrente superficial y alborotador, reseco y reducido por el calor del verano. Se me viene el corazón a la boca en cuanto escucho el viento entre los árboles. Recupero, yo, que hasta ayer llevaba una vida falsa y superflua, mi espíritu, mi espiritualidad, a través del oído. De pura felicidad, abrazaría la tierra; será un deleite estar enterrado en ella. ¡Y pienso en aquellos a los que quiero entre los hombres, que sabrán que los quiero, aunque

les digo que no los quiero! A veces siento que se me premia por saber esperar la llegada de horas mejores. No perdí la esperanza en estados de ánimo más ricos, y ahora tengo la oportunidad de estar agradecido por el aluvión de vida que me inunda. No soy tan pobre. Puedo oler las manzanas que maduran, y hasta los riachuelos son profundos. Las flores otoñales, como la *Trischostema dichotomum*, y no solo su flor brillante y azul que sobresale entre la arena, sino su aroma a ajeno que pertenece a esta estación, llenan mi espíritu, me hacen la tierra querida, y hacen que me valore a mí mismo y que me regocije. El aleteo tembloroso de las palomas me hace percatarme de la fibra dura de aire que desgarran. Te doy las gracias, Dios. No merezco nada, no soy digno de la más mínima mirada, y aun así, estoy hecho para regocijarme. Soy impuro y vil, y aun así el mundo ha sido bruñido para placer mío y hay veranos preparados para mí, y mi camino está cubierto de flores. Parece que se me recompensa más por mis esperanzas que por cualquier cosa que hago o pueda hacer. ¿Y para qué hablar con mis amigos, si ocurre tan rara vez que yo sea yo y ellos sean ellos? Ya nos encontraremos, lejos de aquí. ¡Ah, los arroyos parecen tener más reflejos de los que tenían antes! ¡Qué frases provocadoras y sibilinas que contienen! El más superficial es, de repente, insondable. ¿Cómo tantear la profundidad allá donde el hombre puede verse reflejado? Bebí mucho más de lo que pensaba en el riachuelo en el que me detuve a beber. Fue en el arroyo de Nut Meadow, en donde este cruza la carretera, por detrás de la casa de Jenny Dugan. No bebo porque sí. Hago una marca en ese arroyo como si hubiera bebido en él una serpiente de agua que ahora vive en mi estómago. Me he tragado algo allí que de verdad valía la pena. El día no es lo que era, después de que me he parado a beber. ¡Que me hablen de sequías! No he bebido porque sí. Me he bebido una punta de flecha. Fluye desde donde el lugar donde nacen todas las fuentes.

¿Cuántas huevas he debido tragar? A saber qué es lo que estoy incubando ahora. Había como semillas de pensamientos en esas aguas, que ahora se están expandiendo dentro de mí. Que no beba de las aguas que corren, de las aguas vivas, el hombre que no está preparado para que la naturaleza renazca en su interior; o para amantarse monstruos. La serpiente que hay en mi estómago levanta su

cabeza cuando escucha el agua que pasa. ¿Cuándo fue que me tragué una serpiente? Me he librado de la serpiente que había en mi estómago. En una ocasión, bebí de aguas estancadas. Eso debió ser. La agarré del cuello y me la saqué, y al día siguiente estaba ya bien. ¿Es que no es posible librarse de la serpiente que te tragaste de pequeño, cuando, inconsciente, te detuviste a beber de aguas encharcadas, y que, desde entonces, ha inquietado tus horas de sueño y de vigilia, hasta robarte la vida que es tuya en realidad? ¿No vendrá a tu boca al escuchar el ruido de una corriente de agua? Entonces, agárrala, valiente, de la cabeza, y sácatela del cuerpo, aunque pienses que su cola está enredada en lo más profundo de tus entrañas.

19 de agosto

Clematis Virginiana, calamintha, Lycopus Europeus, menta de lobo.

Este es un mundo en el que hay flores.

A Marlborough Road, cruzando Clamshell Hill, el terreno de Jenny Dungan, Round Pound, la carretera de Canoe Birch (junto a la casa de Deacon Dakin), y White Pond.

El poeta debe estar siempre atento a los humores de su mente, como el astrónomo observa las formas del cielo. ¿Qué no se puede esperar de una vida fiel a este principio? Hasta el más humilde observador vería en algún momento una estrella fugaz. Una descripción fidedigna, como la que podría hacer una persona desinteresada, de los pensamientos que han visitado una mente determinada durante treinta y tres años. Como cuando uno cuenta el número y tipo de vehículos que han cruzado un determinado punto. Al igual que hay viajeros que recorren el mundo y dan información sobre los objetos y fenómenos naturales, dejemos que uno de ellos se quede en casa e informe sobre los fenómenos de su propia vida, y que catalogue esas estrellas o pensamientos cuya órbita es tan difícil de calcular como la de los cometas. Da igual que visiten mi mente o la tuya, lo único que importa es que provienen del cielo. Un diario meteorológico de la mente. Tu observarás lo que ocurre en tu latitud, yo, lo que ocurre en la mía.

La hierba en los prados está casi tan seca como el heno. Las estaciones no cesan en su ciclo un solo momento, y por ello

la naturaleza no se detiene en su punto culminante más que en cualquier otro. Si no estás ahí en el instante preciso, el verano puede pasarte por delante sin que lo veas. ¡Cuánto ocupan en el año la primavera y el otoño! ¡A qué poco podemos llamar verano! Apenas ha crecido ya la hierba, y comienza a marchitarse.

No me gusta cuando se le da el nombre de un Estado particular a un pájaro o a una flor que puede encontrarse en cualquier otro, como la trucha amarilla de Maryland, etc. El género *Canadensies* o *Virginicas* puede sobrellevarse, pues hay en dicha nominación razones históricas y naturales. Canadá es la región común de algunas de estas plantas y la frontera norte de muchas otras. Y Virginia, que en realidad era el nombre original de toda la costa atlántica, tiene cierto derecho a pasar por ser el Sur.

Temo que el carácter de mi conocimiento se hace cada año más y más científico, esto es, que, en lugar de visiones amplias como la bóveda celeste, se me restringe al campo microscópico. Veo detalles, no el todo, ni siquiera la sombra del todo. Cuento algunas partes y digo, «ya sé». El canto del grillo llena el aire en los campos secos que hay cerca del bosque de pinos.

20 de agosto

La *Rhexia Virginica* se nos muestra, en el momento, como una flor suntuosa. ¡Qué copioso, qué preciso, el lenguaje botánico con el que se describen las hojas, así como otras partes de las plantas! Merece la pena estudiar botánica, aunque solo fuera por la precisión de sus términos, y para aprender la valía de los vocablos y del sistema. Es una maravilla ver el esfuerzo increíble que nos tomamos para describir la hoja de una flor, en comparación, por ejemplo, con el poco cuidado con que el se describe un hecho psicológico. ¡Imaginemos tal ingenuidad (quizá sería innecesario) para crear un lenguaje que expresara los sentimientos! Tenemos a mano un lenguaje adecuado para describir cada hoja que hay en el campo, o, al menos, para distinguirlas entre sí, y no poseemos el que nos permitiría describir un carácter humano.

VII

Agosto - Octubre de 1851

22 de agosto

Parece ser un error habitual en algunos escritores de talento (De Quincey y sus primeras impresiones al llegar a Londres me lo sugieren) el expresarse con demasiado detalle y abundancia. Exponen sus sensaciones del modo más fiel, natural y vivaz posible, pero les falta moderación y laconismo. Lo que nos afecta no es una seriedad poco efectiva o una reserva en el sentido, como la del tartamudo; dicen todo lo que querían decir. Sus frases no son concentradas y compactas. Frases que sugieren más de lo que dicen, que vienen rodeadas de una atmósfera especial, que no solo anotan una vieja impresión, sino que crean una nueva. Frases que sugieren mil cosas y que son además tan duraderas como un acueducto romano; darle forma a estas, eso es el arte de la escritura. Frases pródigas, dispuestas como guijarros en la página, a un lado y a otro, y a través, que contienen la semilla de otras frases, y no mera repetición, sino creación. Si De Quincey hubiera sugerido cada una de sus páginas en una frase, para luego pasar a lo siguiente, su escritura sería mucho mejor.

28 de agosto

La pequeña flor azul en el riachuelo de Heywood, clase V, orden I. La corola, de un sexto de pulgada de diámetro, con cinco segmentos redondeados. El estambre y el pistilo, más cortos que la corola; el cáliz, con cinco segmentos agudos y también con senos agudos; las hojas, lanceoladas, espatuladas, romas, algo velludas

en la parte superior con una sola nervadura, sécil; las flores en una racimo suelto, en pedúnculos bastante largos. Toda la planta, decumbente, curvada hacia arriba. Sobre suelo húmedo. Dicen que se parece al no-me-olvides.

Raphanus Raphanistrum, o rábano silvestre, en los campos.

Noche. Se ve al este la luna nueva.

Omito lo que es poco frecuente (huracanes y terremotos) y describo lo común. Esto es lo que de verdad tiene encanto, y es el verdadero tema de la poesía. Puedes quedarte con lo extraordinario, pero déjame a mí lo ordinario. Dame una vida oscura, la barraca del pobre y del humilde, los días de trabajo del mundo, los campos desolados, la mínima porción de las cosas. Pero dame percepción poética. Dame solo ojos que me permitan ver las cosas que posees.

29 de agosto

El aire esta cargado de neblina, pero una neblina transparente, que tiene una característica que podríamos llamar *sabor*, y que hace madurar la fruta. Esta bruma parece confinar y concentrar la luz del sol, como si estuviéramos dentro de un halo. Es agosto.

31 de agosto

Uno de estos racimos de patatas lánguidos sería tan buen símbolo o emblema de la fertilidad del año como cualquier otra cosa, y seguro que mejor que un racimo de uvas. Fruta de suelo fuerte que contiene potasa. Ha llegado el momento de la recolección; la aceituna está madura. ¿Y por qué no como escudo de armas, un lánguido racimo de patatas sobre un campo de patatas?

Qué derecho tiene un poeta de Nueva Inglaterra a cantarle al vino, si nunca ha visto un viñedo y consigue su licor del tendero. ¡Un yanqui cantando las alabanzas del vino! No son uvas amargas, sino dulces en este caso; cuanto más inaccesibles, más dulces. Me da la impresión de que el año no tiene otra cosa mejor de lo

que jactarse que estas patatas. ¿No tiene esto que ver con la vida de la gente de Nueva Inglaterra mil veces más que todas sus uvas?

1 de septiembre

¿No es la enfermedad la regla de la existencia? No hay cúmulo grupo de nenúfares, de los que flotan en el río, que no haya sido atacado por los insectos. Casi todo los árboles y los arbustos tienen excrescencias que, a menudo, pasan por ser su más bello ornamento, y que a veces incluso se confunden con la fruta. Si al infortunio le gusta la compañía, ya tiene suficiente. Búscame, ahora, en mitad del verano, una fruta o una hoja perfectas.

2 de septiembre

¿Qué afinidad lleva al jilguero al girasol —los dos amarillos—, para picotear sus semillas? Dejádme que anote lo que percibo como hombre completo, y eso será poesía.

Dentro de un día o dos, al igual que el pensamiento atraviesa el espacio, cruzará este pueblo el primer mensaje emitido a través del telégrafo magnético, y no habrá ciudadano que no lo perciba. La atmósfera está llena de telégrafos que no pueden verse. No estamos limitados a la comunicación Morse o House o Bain.

Planta y deja crecer girasoles que atraigan a los jilgueros, y aliméntalos tan bien como a tus gallinas.

Es ahora que empiezo a picotear las manzanas agrestes.

Catón el Viejo decía *Patremfamilias vendacem, non emacem, esse oportet*. Este tipo de desinencias latinas expresan, mucho mejor que cualquier terminación en inglés, la avidez, por decirlo de algún modo, y la tenacidad que se espera del agricultor y cabeza de familia en su propósito de ser alguien que vende y no alguien que compra. Una tenacidad de perro mastín, la que expresan estas palabras, que se quedan en los labios, como ocurre con los arces y otras criaturas rumiantes cuando sus labios recorren con codicia hierbas y briznas. La desinencia *az* le da fuerza a la

palabra, como los labios de los animales rumiantes, que recogen codiciosos lo que la mandíbula luego guarda. Como en la palabra «tenaz», la primera parte representa la mandíbula que sostiene, la última parte, los labios que recogen. Solo se puede pronunciar con una cierta apertura y avance de los labios, como ocurre con la palabra «pertinaz». Estas palabras expresan su raíz simple, con la única adición de una cierta voracidad en los labios. Así ocurre igualmente con «capaz» y «capacidad» o «locuacidad». Cuando se utilizan estas palabras, se le dan al oyente algo que masticar. Los labios disfrutan con la palabra «procaz». Ser rapaz y ser voraz no es simplemente mordisquear y tragar, sino comer y tragar mientras los labios están recogiendo, ávidos, más comida.

En la garganta del hombre codicioso hay un reptil que está siempre sediento y hambriento. No es su sed y su hambre natural lo que está satisfaciendo.

Hice hoy un fuego en el cuarto de estar. Caminata, por la tarde, siguiendo el camino de Walden, junto a las vías del tren, hasta la casa de Minn, que luego rodeé para volver a casa, también por las vías del tren. Llevaba paraguas, estaba lloviendo. Igual que en la noche, bajo la lluvia ahora, huelo los bosques, su fragancia. Las hojas del ciruelo que hay junto al camino han tomando un delicado color de vino clarete o de lago. Estas revoluciones me interesan tanto como las de los reinos. ¿No hay tragedia de más en otoño? Parece que Walden ha sucumbido finalmente.

3 de septiembre

¿Por qué no hay un poema dedicado al grillo? Su canto me parece uno de los hechos más obvios, más prominentes, del mundo, y uno de los menos atendidos.

2:00 PM. A la alberca y al campo de Hubbard bajo la lluvia.

Cuando pasé por debajo del nuevo cable del telégrafo, lo escuché vibrar como un arpa, por encima de mi cabeza. Parecía como el sonido de una vida remota y gloriosa, una vida celestial, que descendía a nosotros haciendo vibrar la celosía de esta vida nuestra.

Las hojas de la hiedra se están poniendo rojas. Los dientes de león otoñales se yerguen, densos, en los prados.

Cómo se debía el romano a su agricultura, tratando con la tierra, con sus terruños, sus rastros, su polvo y su cieno. Los cónsules granjeros eran el símbolo de su gloria, y sabían bien que la granja era la cuna de los soldados. Leed a Catón y veréis sobre qué piernas se sostenían los romanos.

A menudo, camino cuando está lloviendo, porque en ese momento, los hierbajos pequeños, sobre todo si están en terrenos al descubierto, se nos aparecen más bonitos que nunca, cubiertos con gotas de lluvia que parecen abalorios; así ocurre con los *hypericum*. Son igual de bellos cuando están cubiertos de rocío, frescos y adornados, casi transportados secretamente en una bata de gotas de rocío.

He encontrado lechetrezna graneada (*Euphorbia maculata*), que parece que está ahora en flor. Bolsa de pastor y hierba gallinera.

Por lo que se refiere a las caminatas, los habitantes de pueblos grandes en Inglaterra están confinados casi exclusivamente a sus parques y a sus carreteras. Los pocos caminos de tierra que hay en las inmediaciones «están poco a poco desapareciendo» —dice Wilkinson— «debido a las ingerencias de los propietarios». Wilkinson propone que se hagan prevalecer y se defiendan los derechos de la gente y que el dinero público mantenga dichas veredas en un estado mínimamente practicable. Dice también que «sería fácil hacerlo cubriéndolas de asfalto una vez se haya extendido una buena base»!!! Y eso es todo, en lo relativo a la cuestión de las caminatas y de las posibilidades de pasear por los alrededores de los pueblos grandes en Inglaterra.

Me moriría de intranquilidad, con nada más pensar en ese tipo de limitaciones. Dudaría en nacer, si esas fueran las condiciones y las supiera de antemano. Atrapado por esas inmensas barreras de verde latifundio, ante las que se sientan los señores. ¿Puede decirse que viven en este mundo? ¿No será suficiente para ellos habitar el cielo así también, parcialmente?

Bebemos del riachuelo de Second Division, y luego nos sentamos a observar sus piedrecillas amarillentas, sus berros, sus hierbajos. Las ondulaciones cubren la superficie como un entramado que se refleja fielmente en el fondo. En algunas partes, cuando a través de las ondas menudas el sol se refleja en una piedra plana, el riachuelo parece una colmena dorada. Da la impresión de estar tan atareado como un telar. Es un entramado de ondas. Dedos de hada empujan la lanzadera volante a cada vuelta de rueca, y el riachuelo ondulado y extenso es el resultado sutil. El agua está maravillosamente clara.

Durante el verano, acumulamos experiencias para el invierno, como la ardilla con las nueces; material para la conversación en las noches invernales. En esos momentos me gusta pensar en las largas caminatas que hice durante el verano.

En los molinos de pólvora, el gas de ácido carbónico que llega hasta la carretera desde el edificio donde están haciendo el carbón, nos hace toser durante veinte o treinta varas.

Vi unas cuantas ardillas grises junto a la carretera, dándole vueltas a su cilindro. ¡Qué bien les van los cilindros a estos animales! «Es fácil enseñarle a una ardilla a hacer girar su cilindro», es un refrán que podría decirse a menudo. Y mientras daban vueltas, una saltaba sobre la otra o se agachaba del modo más grácil e inesperado, con movimientos entreverados. Eran un circo y un zoo combinados. Exhibiéndose, tan humanas.

Es bueno tocar temas diversos, probarlos, para encontrar el correcto, el que nos inspira. Mantente ávido ante las ocasiones de expresar lo que piensas. Mejora las oportunidades de trazar analogías. Para percibir la verdad, hay muchas vías. Mejora lo que cada objeto puede sugerir, por muy humilde, por muy débil y pasajera que sea la provocación. ¿Qué puede mejorarse? ¿Qué opciones estamos desatendiendo? No es en vano que la mente se gira hacia este lado o hacia este otro: sigue su consejo, aplícala ahí hacia donde se ha inclinado. Tienta el mundo desde una multitud de puntos. Sé avaricioso con esos impulsos. Hay que probar mil temas antes de encontrar el adecuado, al igual que la naturaleza

necesita mil bellotas para lograr un olmo. Tiene experiencia, es sabio, aquel que ha adoptado múltiples puntos de vista, a quien las piedras, las plantas, los animales y una multitud de objetos le han sugerido algo, le han contribuido en algo.

Ahora ya no me parece tan malo este camino de madera ancho, pues permite compañía de un modo más sencillo. Dos personas pueden caminar juntas en el vado y una más puede hacerlo a caballo.

Cuando, cerca del puente, ya desde las vías del tren, me di la vuelta para mirar el arroyo (imagino que era la carretera que va de la casa de Potter a la de Stow), vi las pequeñas olas destellando al sol, lo que me recordó a las flotilla de hielos destellantes que vi el invierno pasado. Y vi cómo las ondas correspondían las unas con las otras, las de hielo con las de agua; las láminas de hielo erectas eran como el estereotipo de las olas. Desde la distancia, era el mismo espectáculo: el reflejo del sol destellando desde una infinidad de superficies inclinadas; ondulada superficie de agua la una, helada y cristalizada la otra.

Por aquí cruzaba el río y ascendía por las colinas altas del oeste. Las ramas de los castaños se han adaptado a la inclinación de la colina, de modo que están a la misma distancia del suelo en la parte más alta y en la más baja de la pendiente.

Por primera vez, he visto una bandada bastante grande de jilgueros.

En la ladera que hay al norte del río, por encima de los molinos de pólvora, la *Pycnanthemum incanum* (menta de la montaña, calamintha) y la *Lespedeza violacea*.

El libro de Wilkinson logra, en cierta medida, lo que yo había soñado: un retorno al sentido analógico primitivo, derivativo, de las palabras. Su capacidad para rastrear analogías lo lleva, a menudo, a una palabra más verdadera que la que otros escritores notables han encontrado. Como cuando, en su capítulo sobre la piel humana, describe el cutis papilar como un «campamento de

diminutas tiendas de campaña cónicas que se extiende a lo largo de toda la superficie del cuerpo». Resalta, además, la fe que pone en expresiones antiguas y actuales como si hubieran surgido de un instinto más sabio que el de la ciencia, expresiones que, si lo-gramos interpretarlas, son del todo fiables. El hombre de ciencia no descubre mundo alguno en el que la mente humana pudiera habitar con todas sus facultades. Wilkinson halla un *hogar* para la imaginación, de modo que ya no resulta desamparada y en exilio. Toda percepción verdadera proviene de haber localizado una analogía; razonamos desde nuestras manos a nuestra cabeza.⁵

7 de septiembre

A veces nos sobreviene una abundancia de vida que no encuentra cauces hacia los que fluir. Se nos estimula, pero sin propósito claro. Me siento preparado, de un modo especial, para *algún* tipo de trabajo literario, pero no puedo elegir cuál. Estoy más preparado para expresar intensamente que para la mera contemplación. Física y psicológicamente, estoy reforzado. Siento, no tanto la música, como el deseo de marchar al son de la música. Siento que los jugos de las frutas que he comido, los melones, las manzanas, han subido hasta mi cerebro y lo están estimulando. Me dan una fuerza temeraria. Y ahora puedo escribir compulsivamente. La escritura de Carlyle es así, en gran medida.

Nuestros estados de éxtasis, que tan poco fruto parecen dar, tienen al menos este valor: aunque en las temporadas en que reina nuestro genio estemos desposeídos de nuestra potencia expresiva; luego, en los periodos más tranquilos, cuando nuestro talento está activo, el recuerdo de esos estados excepcionales viene a colorear nuestro lienzo, como si fuera la lata de pintura permanente en la que mojamos nuestra brocha. Así, en última instancia, no hay experiencia vital que nos pase desapercibida; aunque no sea oro sólido, es una hoja dorada, que adorna el mobiliario de

la mente. Es una fuente de belleza infinita e inagotable, que nos permite exagerar de un modo verdadero. Aunque no tengamos poema alguno en que mostrarlos, nuestros momentos de belleza no se pierden del todo, pues dichas experiencias han dejado una huella indeleble, y cada cierto tiempo, se nos recuerda que las poseemos. Cuando desespere porque no puedo cantarlas, recordaré que me han de proveer con pintura que, algún día, me permitirá adornar y preservar los frutos del talento. Estas experiencias son como una marmita de éter puro. Es también la diferencia entre nuestro río, que ahora está seco y consumido, y expone su fondo feo y lleno de hierbajos, y el río durante la primavera, que cubre los campos con una cadena de lagos plácidos que reflejan los bosques y los cielos.

Recibimos nuestra porción de infinito. ¡El arte de vivir! No recuerdo página alguna que pueda explicarme cómo pasar esta tarde. No quiero tanto ahorrar tiempo como derrocharlo.

El panorama, cuando de verdad se le mira, provoca una reacción en la vida del que mira. Cómo vivir. Cómo sacarle el mayor partido a la vida. Cómo libar la miel de la flor del mundo. Ese es mi trabajo diario. Tan ocupado como una abeja. Recorro errante los campos, y no hay momento más feliz que aquel en que me siento saturado de miel y de cera. Soy como una abeja que busca durante todo el día los dulces de la vida. ¿No impregno y mezclo las flores produciendo variedades finas y extrañas cuando paso mis ojos de una a otra? Busco miel todo el día, con la misma naturalidad, la misma alegría, e idéntico zumbido murmurante. Cuando una experiencia me carga con un pensamiento melifluo, vuelvo con él derecho a mi celdilla. Soy un tratante de flores.

Estoy convencido de que los hombres no se emplean de un modo adecuado, de que esta no es la manera mejor de pasar el día. Si con paciencia, si con observación, puedo asegurarme un rayo de luz, si puedo elevarme durante un instante por encima del monte Pisga, de modo que el mundo que hasta ese momento era prosa muerta queda ahora convertido en algo divino y vivaz, ¿no seré de ahí en adelante un vigía? Si durante un año miro los muros de la ciudad y logró así comunicarme con el cielo, ¿no será mejor que cierre mi tienda y me convierta en un vigía? Nos rodea

⁵ Se refiere a James John Garth Wilkinsdon, y su *The Human Body and Its Connection with Man, Illustrated by the Principal Organs*, de 1851.

un misterio rico y fértil. ¿No debiéramos indagarlo un poco, curiosearlo, emplearnos en él? Entregar la vida al descubrimiento de lo divino que hay en la naturaleza, o dedicarla a comer ostras, ¿no dará con un resultado bien diferente?

No me es fácil encontrar una libreta blanca en la que escribir mis pensamientos; todas están pautadas, hechas para contar dólars y céntimos.

Si el vino o el agua que me nutren crecen en la superficie de la luna, haré lo posible para ir a la luna a por ellos.

Todos tenemos estados de plenitud y de vacío, pero nos desbordamos en momentos diferentes. Algunos se derraman a través de los placeres sensuales, otros desde el corazón, otros con la cabeza, otros quizá solamente desde la parte más elevada de la cabeza, o desde su facultad poética. Depende de dónde cada uno está abierto o ceñido. En esos momentos, entonces, podemos dirigir nuestro alimento hacia aquellos órganos que usamos de un modo especial.

A Conantum atravesando los campos, la huerta de Hubbard y su campo de cereales, hasta el acantilado de Tupelo y Conantum, volviendo por el mismo camino en la cima. 6:00 PM.

12 de septiembre

Casi no puedo creer que haya tanta diferencia de un año a otro como la que muestra mi diario. El 11 de este mes del año pasado, en la carretera de Corner, sobre la calzada, el río estaba tan alto como lo está normalmente en primavera. Ahora mismo está bastante bajo. El año pasado, el 9 de octubre, abundaban las zarzamoras frescas en Conantum. Ahora están ya secas.

El lunes 15 voy a ir a deambular en visita de inspección —para mis trabajos de agrimensura— por los límites del pueblo. Y esta me parece una labor apropiada para mí, pues me encantan los caminos que van a través de los terrenos. No podría elegirse una ruta que atravesase más terrenos, porque las carreteras no rodean el pueblo sino que se abren desde el centro, y mi caminata recorrerá cada una de ellas. Es como si hubiera decidido caminar

alrededor del pueblo hasta la mayor distancia posible, tanto en relación con el centro del pueblo como con los pueblos vecinos. No hay posadas en el camino. Es una especie de reconocimiento de las fronteras que las autoridades del Gobierno central han autorizado, y que pondrá al agrimensor en contacto con los habitantes o tierras salvajes contenidos en su territorio.

Parece ser una costumbre antigua, y veo que esta expresión «deambular» tiene el mismo significado ahora que el que le daban en el diccionario de Jonson o de Walder. Hace un siglo hacían el recorrido por los pueblos cada tres años. Y los viejos concejales me cuentan que antes de que se erigieran los muros, en 1829, los límites se marcaban con un montón de piedras, y era costumbre que cada concejal añadiera una piedra al montón.

14 de septiembre

Un cambio radical en el tiempo, de bochorno a frío, de un abrigo fino a uno grueso, o dos finos.

2:00 PM. A los Cliffs.

15 de septiembre

Lunes. Hielo en el cubo de la bomba hidráulica, y bastante escarcha.

Comencé a hacer mi visita de inspección⁶ por las lindes del pueblo. A las 7:30 salí en compañía de A. A. Kelsey y Mr. Tolman, hacia la demarcación que hay entre Acton y Concord, cerca del terreno de Paul Dudley. Mr. Tolman contó una historia que le ocurrió a su mujer cuando caminaba por el campo. Para protegerse de la lluvia, se echó el abrigo sobre la cabeza, sujetándolo con la boca, que luego se le infectó, pues los encajes de su vestido habían entrado en contacto con plantas venenosas. En la casa de Dudley, que está espléndidamente situada, con cinco olmos

⁶ En inglés, continúa con el uso de la expresión arcaica «deambulation», que se refiere a las labores de agrimensura o inspección de los límites topográficos de la región.

enormes frente a la entrada, nos encontramos con los concejales de Acton: Ivory Keyes y Luther Conant. Terminamos pesándonos: Tolman, creo que unas 160 libras, Keyes como 140, Kelsey 130, y yo 127. Me describieron el muro que rodea el cementerio de Forest Hills en Roxbury, y me contaron que estaban atentos a preservar el musgo que hay en sus piedras, para que no pueda distinguirse de un muro vetusto.

Encontré un mojón de término cerca del secadero del molino de pólvora, junto al banco del río. Allí, los trabajadores llevaban los zapatos sin tachuelas de hierro. Me contaron que el almacén es lo más peligroso, seguido del secadero y de la prensadora. ¿Una de las fábricas de pólvora y explosivos de Concord? Las patatas y las habichuelas que aún estaban verdes, están ahora renegridas y aplastadas a causa de la helada.

16 de septiembre

Me encontré con los concejales de Subury: Moore y Haines. Confío en que los pueblos recuerden que se supone que estos concejales son quienes, en justicia, los representan. Teniendo en cuenta el espécimen que envió Acton, entiendo que los habitantes de ese pueblo son una mezcla de granjeros tranquilos, respetables y hasta caballerosos, duchos en los asuntos mundanos, y con algunos elementos de obstinación tosca y bulliciosa. Sobre los habitantes de Subury, me llega la noción de que son exclusivamente granjeros, rudos y provincianos en extremo, más analfabetos de lo que es habitual, tenaces en sus derechos y en su dignidad y difíciles en el trato. En cuanto a los habitantes de Lincoln, parece que ceden con más rapidez a la influencia de las nuevas generaciones, y son una mezcla de gente simple pero despierta, de fiar y bien informados. Y por último, los habitantes de Bedford parecen ser mecánicos que aspiran a estar a la altura de los tiempos, con algo del lustre de la sociedad, entremezclados con granjeros sólidos e inteligentes.

Moore de Sunbury piensa que el río estaría aún más bajo si no fuera por el agua que llega desde el embalse del estanque Hopkinton.

17 de septiembre

Hice la inspección de las lindes de Lincoln.

¿Fue acaso un girasol áspero y pequeño lo que vi esta mañana en el arroyo cerca del puente de Lee?

En el terreno de James Baker, vi un sicomoro con un enjambre de abejas que lleva ahí tres años, aunque la miel resulta inaccesible. John W. Farrar dice que detrás de la casa de Miles, en el Rincón, hay arces azucareros.

¿Fueron ligustros lo que vi en el pantano en la piedra de Bedford cerca de la casa de Giles? El pantano está ahora seco; no pude lavarme las manos.

18 de septiembre

Hice la inspección de las lindes de Lincoln.

20 de septiembre, 3:00 PM

A los Cliffs por Bear Hill.

Mientras atravieso los campos, tratando de recuperar mi tono y mi cordura, después de una semana de inspecciones por las fronteras del pueblo, en la que he tenido que lidiar con los hombres más comunes y terrenos, y con asuntos enfáticamente triviales, siento, como si, de algún modo, me hubiera suicidado. De nuevo me golpea la fábula de Apolo y el rey Admeto, y su aplicación universal. Una dureza fatal nace del roce con los asuntos triviales de los hombres. Aunque mi trato ha sido con los concejales de este y de aquel pueblo, me siento inexplicablemente sucio. Mi Pegaso ha perdido sus alas; se ha convertido en reptil y ahora se arrastra sobre su barriga. Este tipo de cosas solo son compatibles con una vida mezquina y superficial.

El poeta debe mantenerse distante y sin mácula. Dejemos que inspeccione los límites de la provincia de la imaginación, el reino de lo maravilloso, y no las fronteras insignificantes de un pueblo.

Las excursiones de la imaginación son tan ilimitadas, las lindes de los pueblos tan ridículas.

22 de septiembre. A Three Friend's Hill a través de Bear Hill

Ayer y hoy ha comenzado a soplar el viento fuerte del otoño, y el arpa del telégrafo ha sonado más. Sobre todo, pude oírla en Deep Cut esta tarde, donde el tono variaba dependiendo de la tensión en las diferentes partes del cable. El sonido proviene de cerca de los postes, donde la vibración es aparentemente más rápida. Puse el oído en uno de los postes y parecía como si cada uno de los poros de la madera se hubiera llenado de música, trabajada desde la tensión; como si cada fibra quedara afectada y estuviera siendo afinada o medida, dispuesta en arreglos que obedecían a una ley siempre nueva, siempre más armoniosa. Cada hinchazón, cada cambio o inflexión en el sonido se sostenía como si proviniera de la madera, árbol o madera divinos, como si su propia sustancia se hubiera trasmutado. Qué receta para resguardar la madera, para evitar que se pudra, esta de llenar sus poros de música.

¿No habría que añadir una décima musa a las nueve inmortales? Su invención, honrada y distinguida divinamente —concesión de la sonrisa de la musa—, sería este mágico medio de comunicación con la humanidad.

Podríamos así leer cómo los antiguos extendieron un cable alrededor de la tierra, atándolo a los árboles del bosque, a través del cual cruzaban los mensajes del dios Electricidad, padre de la Luz y del Magnetismo, más rápido incluso que Mercurio. Así llegaban las duras órdenes de guerra y las noticias sobre la paz, mientras los vientos hacían vibrar el cable, haciéndolo emitir, sobre las tierras por las que pasaba, una música eólica, como de arpa, que pareciera expresar la satisfacción de los dioses por su invención. Y a pesar de ser esto un hecho claro, aún seguimos sin atribuir a un dios dicha invención.

23 de septiembre

Pese a la niebla, esta mañana los cercados están cubiertos por una escarcha tan densa que uno podría escribir su nombre con la uña en cualquier lugar.

24 de septiembre, 8:00 AM. A Lee's Brigde por Conantum

Es una mañana fresca y ventosa, y llevo un abrigo grueso para mi caminata. El viento viene del norte, así que hoy no suena el arpa del telégrafo por donde estoy cruzando. Este tiempo otoñal ventoso es tónico y estimulante, limpio y fresco, después de la lluvia de ayer, que se ha aclarado durante la noche.

¿Qué hay más bello para hacer un cuadro que la escena de nuestro río en este momento? Tomemos esta panorámica, desde el primer acantilado de Conantum. Primero, esta colina suave al oeste de la corriente, en que se distinguen todas sus ringleras, y donde hay, diseminados, manzanos que arrojan una sombra densa, oscura como la tinta, de tal naturaleza que solo en este aire claro, en esta luz fuerte, puede verse, y donde una vaca inquieta vaga, dentro y fuera de la sombra. Después, el río azul, apenas más oscuro que el cielo y casi indistinguible, que corre hacia el sur, aunque a veces, por efecto del viento, parece que fuera corriente arriba, escoltado por sauces y alamillos mieleros. Luego, más allá, el prado estrecho y su variación de luces y sombras proveniente de la hierba ondulante que, por alguna razón, no han cortado este año, a pesar de estar ya tan seca; cada brizna de hierba, azotada por las ráfagas invernales, se dobla en toda su longitud hacia el sur, como si se inclinaran en esa dirección en busca de ayuda. Y después, la colina, que se alza sesenta pies hacia una especie de planicie en terraza, cubierta por arbustos de olmo, de arce, etc., ahora coloreados de modo variado, amontonados en un abigarrado conjunto de colores alegres, cada matojo una pluma diferente en el sombrero de la colina. Y aún más lejos, al fondo, a unos doscientos pies de altura, el acantilado, coronado de árboles, donde las rocas grises se proyectan aquí y allá entre los arbustos, con su huerto en la ladera. También, a la derecha

del acantilado, tenemos las colinas distantes de Lincoln, sobre el horizonte. El paisaje tan elegantemente adornado, el aire tan pleno y claro, y la superficie de la tierra tan agradable en su variedad, que apenas si parece apto como morada del hombre.

En el pantano Cohush, las hojas del zumaque han tomado una coloración roja profunda, aunque aún no han perdido su fragancia. Veo manzanas silvestres que crecen exuberantes en medio del pantano, elevándose, rojas, por entre las hojas coloradas del zumaque, lo que me recuerda que ambos han madurado y tomado su color bajo la misma influencia, algunas verdes, otras amarillas, otras coloradas, como las hojas.

Me topé con un hombre cuyo aliento olía a algún tipo de alcohol espirituoso. ¿Cómo es que pude sentir que era su propio espíritu lo que se había bebido? Detrás del terreno de Miles, Darius Miles, quiero decir, le pregunté a un irlandés cuántas patatas podía recolectar al día, deseando saber lo bien que rendían. «Bueno, no llevo la cuenta», me dijo, «Las arranco y dejo que el trabajo del día se aplauda a sí mismo». ¡Ay! Ahí está la diferencia entre el irlandés y el yanqui: el yanqui sí que lleva la cuenta. Me agrada la honestidad simple del irlandés. Un gavilán, apenas algo más grande que un chotacabras, me pasó por encima, bien alto; un ejemplar grácil, demasiado pequeño como para ser rapaz.

25 de septiembre

Ahora que han llegado las heladas, podemos considerar que la época de las flores ya ha pasado. Los fuegos se convierten en algo agradable. Las tardes son largas.

2:00 PM. A bañarme al prado de Hubbard, y luego a los Cliffs. Encuentro que el agua está fría de repente, y que se ha acabado la temporada del baño.

Todavía veo numerosas mariposas pequeñas, amarillas y rojas, aunque ya no van en grupos. Cerca de Hubbard's Grove examiné el nido de avispones que está suspendido en unos arbustos de zarzamora que hay al lado del huerto. Parecía como si la parte superior de los arbustos creciera del nido, lo que provocaba un efecto agradable.

26 de septiembre

Desde que hice la inspección de las lindes del pueblo, siento como si me hubiera limitado a mí mismo en mi visión y en mis caminatas. A cualquier lugar que miro, me viene el recuerdo de los hombres mezquinos y estrechos de mente con los que he tratado en esos lugares. ¿Qué puede ser más desagradable que un país poblado de hombres rudos, bajos y serviles? ¿Y qué más hermoso que un paisaje habitado por dioses? Todo paisaje me sería agradable, si se me asegurara que el cielo se extiende, como un arco, sobre un único héroe. Los avispones, las hienas, y los babuinos no son una maldición tan mala como la existencia de hombres de tal calaña. Yo he trazado un círculo encantado alrededor de mi hogar, para luego caminar, no con Dios, sino con el diablo. Soy del todo consciente del momento en que he traspasado esa línea.

Casi todas las biografías y diarios de Nueva Inglaterra (la de John Adams no es una excepción) me afectan como si estuviera abriendo tumbas.

Los granjeros prudentes y atentos a la estación están ya labrando con vistas al año que viene.

28 de septiembre, 2:00 PM. A Conantum

Una mañana húmeda, cálida, de llovizna, sin demasiado viento. Los pinos blancos de Hubbard's Grove tienen ahora un aspecto multicolor bastante llamativo, de un verde y de un amarillo abigarrados, lo que me recuerda a ciertas plantas, como el algodoncillo, que al madurar se expanden y dejan caer sus semillas vellosas. Tienen un aspecto especialmente suave. Desde hace una semana o quizá diez días, he dejado de andar a la busca de nuevas flores y ni siquiera llevo mi libro de botánica en el bolsillo.

Veo hasta dónde han traído las ardillas las mazorcas de maíz, bosque adentro a más de veinte varas del maizal. Un poco más adelante, junto al riachuelo de Hubbard, a quince varas del maizal, sobre un cercado, vi una ardilla gris con una mazorca de maíz amarillo de un pie de longitud. Dejó caer la mazorca, pero

permaneció en la valla, donde apenas si podía verla, pues era del mismo color que la valla, lo cual estoy seguro que también ella sabía. Luego, saltó hacia un arce rojo, donde el plan era ocultarse tras el tronco, completamente quieta, ahí subida y esperando a que yo pasara, su pelaje del mismo color exacto que el de la corteza. Cuando golpeé el árbol, tratando de asustarla, no saltó al árbol de al lado, pues no había una hilera de árboles a través de la cual pudiera escapar. Simplemente trepó más arriba en el árbol, hasta un lugar en el que había tantas hojas separándonos que me era difícil distinguirla. Cuando lancé un palo para asustarla, desapareció completamente, a pesar de que traté de acecharla del mejor modo posible, sin apartarme de la base del árbol. Son maravillosamente astutas.

30 de septiembre

El fresno blanco tiene ya su matiz otoñal de mora. ¿Cuál es la tonalidad otoñal del fresno negro? Durante esta estación, el primero ofrece un claro contraste con el resto de los árboles que dan sombra en las calles del pueblo (olmos y sicomoros), y hasta parece ser negro a primera vista. Durante esta estación, en la que, digamos, las hojas están maduras, el temperamento diverso de los árboles aparece más claramente que en cualquier otra. Pasa con las hojas igual que con las frutas y con los bosques, los animales y los hombres; cuando están maduros, aparecen sus distintos temperamentos.

1 de octubre, 5:00 PM

Acabo de poner a un esclavo fugitivo —quien había tomado el nombre de Henry Williams— en uno de los trenes que van a Canadá. Se había escapado el pasado octubre del condado de Stafford, en Virginia, con dirección a Boston. Ha estado en casa de Shaddards, en la taberna de café de Cornhill. Se había escrito, a través de un agente, con su dueño, que es también su

padre, con la idea de comprarse a sí mismo; el amo le pedía seiscientos dólares, y el solo había logrado reunir quinientos. Escuchó que había un par de autos judiciales en busca de dos Williams fugitivos, y su empleado actual y otros compañeros le habían contado que la policía lo había venido a buscar cuando no estaba en casa. Por ello, esa misma noche escapó a pie hasta Concord, con una carta de Mr. Lovejoy de Cambridge dirigida a nuestra familia, junto con otra que Garrison le había ya dado en otra ocasión. Se alojó con nosotros, y esperó en la casa hasta que se lograron reunir los fondos suficientes para auspiciar su viaje. Traté de hacerlo salir desde Burlington a mediodía, pero cuando iba a comprar su billete, vi en el almacén a un individuo que parecía y se comportaba como un policía de Boston, así que no me atreví a hacerlo en ese momento. Un hombre inteligente y de muy buenas maneras, un mulato.

El esclavo me contó que era capaz de guiarse con otras muchas estrellas, y no solo con la del Norte, cuyas trayectorias nacientes y ponientes conocía. Se conducían siguiendo la estrella del Norte, incluso cuando esta había cumplido ya su órbita y les aparecía como situada al sur. A menudo, seguían el telégrafo cuando no había vías de tren. Los esclavos traen de África numerosas supersticiones. Los fugitivos llevan a veces un tepe en el sombrero, y piensan que el éxito de su empresa depende de ello.

Estos días en que los árboles se han teñido con sus colores otoñales son los días de gala del año, en que el follaje de los árboles está coloreado como si fuera una floración. Es el momento para los festivales anuales, un espectáculo agrícola.

4 de octubre

Minott utiliza la palabra «gavilla» para referirse a un manojo de tallos echado en la tierra y puesto a secar. Las suyas son buenas palabras del antiguo inglés, y sé que siempre voy a hallarlas en el diccionario, aunque nunca antes las haya oído en mi vida.

Vengo de embelesarme con sus tallos de maíz puestos a secar, repartidos por el granero, sobre las vigas de madera o colgados

de los refuerzos, con su verde limpio, fresco, elegante, que mantiene su fuerza y sus propiedades nutritivas, al contrario de lo que ocurre con los tallos de los granjeros especuladores, administradores desaliñados, que solo buscan beneficio, y que los dejan al aire libre hasta que quedan secos, deslustrados y negros como cortezas.

Minnot es quizás el granjero más poético que conozco, el que, para mí, encarna mejor la poesía de la vida rural. No hace nada con prisa o con pesadez, sino como si lo amara. Le saca a su trabajo el mejor partido posible, y extrae de cada fragmento una infinita satisfacción. No anhela el momento de la venta de su cosecha o el de cualquier otro tipo de beneficio pecuniario; su paga es la satisfacción constante que su propio trabajo le da. No tiene demasiada tierra, lo que podría crearle preocupaciones, ni demasiado trabajo que hacer, ni hombres o niños a su servicio, sino que tiene simplemente la tierra que le sirve para vivir y divertirse. No le preocupa tanto el sacar adelante una gran cosecha como el hacer bien su trabajo. Conoce cada clavo, cada puntilla que hay en su granero. Si hay que colocar un nuevo tablón, no deja que hombre alguno contratado le robe ese placer, sino que va, pausadamente, al bosque, y, con holganza, elige uno de los pinos erguidos, lo corta, y lo arrastra o hace que se lo arrastren a su molino. Y de ese modo, conoce la historia del suelo de su granero.

Profetiza siempre las cosechas malogradas, y aun así queda satisfecho con lo que ha logrado. El suelo de su granero está asegurado con pequeñas estacas de roble, y las prefiere, a los clavos de hierro, que, según dice, se oxidarán y se gastarán. Se entretiene con cada una de las panochas de su cosecha como un niño con sus juguetes, de tal modo que su reducida cosecha le dura mucho. Seguramente lloraría si le llevaran al mercado. La raíz de las malas hierbas no arraiga ya en su terreno.

Le encanta pasear por el pantano cuando el tiempo está ventoso y escuchar, así, al viento rugir entre los pinos. En su granero, tiene un gato para cazar los ratones. No se permite lujos en lo que se refiere a la comida, el vestido o los muebles, y aun así, no vive en penuria, sino de un modo sencillo. Si su hermana muriera

antes que él, quizá tenga que ir a un asilo cuando envejezca. Pero no es pobre, pues no ansía riquezas. En las operaciones de los granjeros, en cada una de sus maniobras, halla una reserva de entretenimiento que los gañanes especuladores apenas conocen. Con un reumatismo crónico y con manos temblorosas, parece como si tuviera una salud perenne. Aunque jamás lee libro alguno, desde que terminó *El Monumento Naval*, habla el mejor inglés posible.

Domingo 5 de octubre

El viernes 3 de octubre me di cuenta de que los sauces permanecían en general verdes, sin alteración. Los arces rojos habían variado de amarillo a rojo brillante. El cerezo negro estaba verde, tirando a amarillo. Los manzanos (hablo de aquellos árboles que tuve la oportunidad de ver) estaban verdes, aunque perdiendo sus hojas, como la mayor parte de los árboles. El olmo, de un amarillo deslucido. El fresno blanco, del verde al púrpura oscuro o al morado. El olmo blanco, verde tirando a amarillo. La Nissa, árbol que se puebla en la corona de ramas pequeñas e inclinadas hacia abajo, se ha puesto amarillo rojizo o rojo. Algunos arces, una vez maduros, se tornan amarillos o amarillo blanquecino, otros amarillo rojizo, otros rojo brillante, dependiendo del momento en la estación o de la posición, la mayor o menor cantidad de luz, la localización al borde del bosque o en el centro, igual que ocurre con la fruta y su coloración más o menos profunda. Los abedules, verdes y amarillos. El olmo blanco del pantano, de un verde amarillento. El fresno negro, hacia un amarillo verdoso, y ahora marchito por la escarcha. La Tilia, marchitándose hacia el amarillo.

Durante la madurez del follaje, el color es tan variable y tan poco característico como lo es, para los naturalistas, en lo que se refiere a la posibilidad de distinguir con él peces, cuadrúpedos, etc.

Lunes 6 de octubre, 12:00 PM.

A las lindes de Bedford para poner una piedra junto al río que marque la demarcación de Bedford.

7:00 PM. Al estanque de Fair Haven en barca, la luna casi llena, sin una sola nube en el cielo, remando durante todo el camino.

En el centro del estanque, probamos el eco que había. Mientras remábamos corriente abajo, dándole la espalda a la luna, vimos con total claridad el reflejo de cada bosque, de cada colina, a ambos lados. Estos reflejos-respuesta, sombra en relación con la sustancia, dejan en el viajero una huella de armonía, de simetría —como cuando doblamos una hoja manchada de tinta para producir una figura regular—, un dualismo que la naturaleza adora. Normalmente, solo vemos una de las mitades. En casa a las diez.